



TINTIN CINE

LAS AVENTURAS DE TINTIN

TINTIN

y el misterio de

EL TOISON DE ORO

120 fotografías. — Texto de André BARRET y Rémo FORLANI



JUVENTUD

LOS PERSONAJES DE LOS ALBUMES DE HERGE
EN

TINTIN

y el misterio de

EL TOISON DE ORO

120 fotografías. — Texto de André BARRET y Rémo FORLANI

Según la película de André BARRET, realizada por Jean-Jacques VIERNE ● Con Jean-Pierre TALBOT (TINTÍN), Georges WILSON (HADDOCK), el profesor TORNASOL y los HERNÁNDEZ-FERNÁNDEZ ● Con la participación de Charles VANEL y Dario MORENO ● Escenario, adaptación y diálogos de André BARRET y Rémo FORLANI ● Música de André POPP ● Distribución Consorcio PATHE

La maqueta de este álbum ha sido realizada por Francis BOUCROT

EDITORIAL JUVENTUD BARCELONA

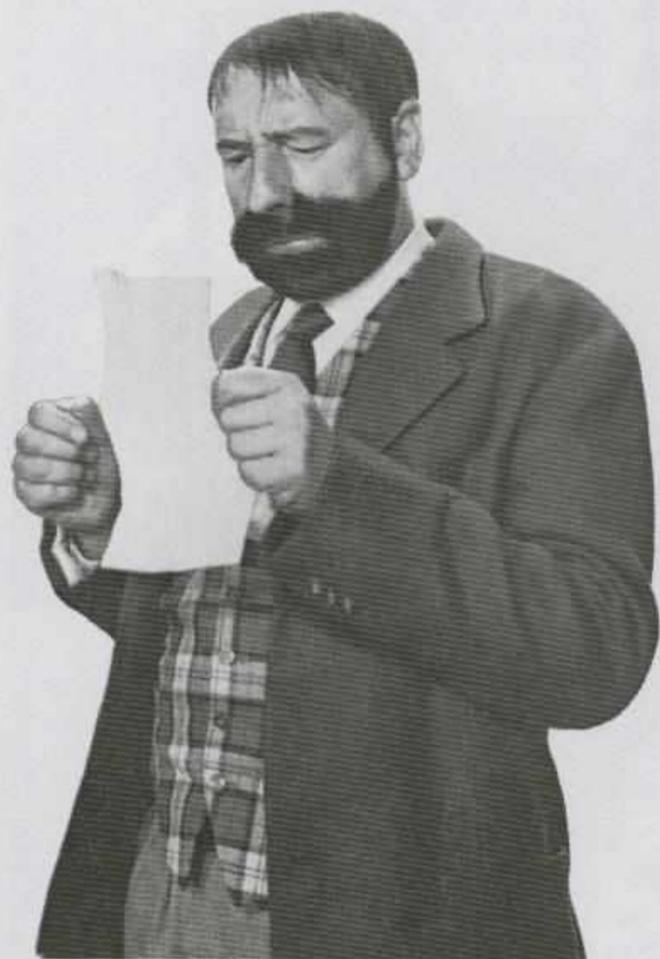
**Las aventuras de TINTÍN Y MILÚ
están editadas en los idiomas siguientes:**

<i>Afrikaans:</i>	HUMAN & ROUSSEAU	Ciudad del Cabo
<i>Alemán:</i>	CARLSEN	Reinbek-Hamburgo
<i>Árabe:</i>	DAR AL-MAAREF	El Cairo
<i>Asturiano:</i>	JUVENTUD	Barcelona
<i>Bengalí:</i>	ANANDA	Calcuta
<i>Brasileño:</i>	DISTRIBUIDORA RECORD LTDA.	Río de Janeiro
<i>Bretón:</i>	AN HERE	Quimper
<i>Castellano:</i>	JUVENTUD	Barcelona
<i>Catalán:</i>	JUVENTUD	Barcelona
<i>Coreano:</i>	UNIVERSAL PUBLICATIONS	Seúl
<i>Chino:</i>	EPOCH PUBLICITY AGENCY	Taipeh
<i>Danés:</i>	CARLSEN/IF	Copenhague
<i>Esperanto:</i>	ESPERANTIX CASTERMAN	París París-Tournai
<i>Feroiano:</i>	DROPIN	Thorshavn
<i>Finlandés:</i>	OTAVA	Helsinki
<i>Francés:</i>	CASTERMAN	París-Tournai
<i>Galés:</i>	GWASG & DREF WEN	Cardiff
<i>Gallego:</i>	JUVENTUD	Barcelona
<i>Griego:</i>	ANGLO HELLENIC	Atenas
<i>Holandés:</i>	CASTERMAN	Tournai-Dronten
<i>Indonesio:</i>	INDIRA	Yakarta
<i>Inglés:</i>	METHUEN & C. ^o	Londres
<i>Inglés americano:</i>	ATLANTIC, LITTLE BROWN	Boston
<i>Islandés:</i>	FJÖLVI	Reykjavik
<i>Italiano:</i>	COMIC ART	Roma
<i>Japonés:</i>	FUKUINKAN SHOTEN	Tokio
<i>Latín:</i>	ELI/CASTERMAN	Recanati/Tournai
<i>Luxembur- gués:</i>	IMPRIMERIE ST. PAUL	Luxemburgo
<i>Malayo:</i>	SHARIKAT UNITED	Pulo Pinang
<i>Noruego:</i>	SEMIC	Oslo
<i>Occitano:</i>	CASTERMAN	París-Tournai
<i>Persa:</i>	UNIVERSAL EDITIONS	Teherán
<i>Picardo turnaisense:</i>	CASTERMAN	Tournai
<i>Portugués:</i>	VERBO	Lisboa
<i>Romanche:</i>	LIGIA ROMONTSCHA	Coira
<i>Serbo-croata:</i>	NIRO	Belgrado
<i>Sueco:</i>	CARLSEN/IF	Estocolmo
<i>Vascuence:</i>	ELKAR	San Sebastián

Todos los derechos reservados en virtud de las
convenciones internacionales panamericanas y
universales del copyright.
Ningún pasaje de este libro puede ser reproducido
sin el previo acuerdo por escrito de los Editores.

Sexta edición, 1989

Artwork copyright © 1962 by Casterman, Paris-Tournai
© de la traducción española: Editorial Juventud, Barcelona, 1968
Traducción del francés por Antonio de Quadras
Depósito Legal, B. 45.118-1988
ISBN 84-261-0779-6 (cartoné)
ISBN 84-261-1410-5 (rústica)
Número de edición de E. J.: 8.054
Impreso en España - Printed in Spain
I. G. Credograf, S. A., Llobregat, 36 - 08291 Ripollet (Barcelona)



Todo comenzó en el castillo de Moulinsart. Hacía una mañana hermosa, muy hermosa, un verdadero día de vacaciones, y el profesor, el capitán y yo no teníamos más que una idea: saborear las delicias de un bien merecido descanso... Pero llegó el cartero, que traía una carta fechada en Estambul.

Una carta que comunicaba al capitán Haddock una asombrosa noticia: uno de sus viejos camaradas, un amigo al que en cierta ocasión había salvado la vida en Sumatra, el comandante Temístocles Paparanic, acababa de morir. El capitán Haddock no pudo retener una lágrima, lágrima que se transformó en rugido cuando sus ojos se detuvieron sobre el segundo párrafo de la carta... Temístocles Paparanic legaba al capitán Haddock su barco *El Toisón de Oro*. El capitán Haddock había jurado no volver nunca más al mar ni sucumbir a los encantos de la aventura, pero este barco, este barco que le caía del cielo... La tentación era demasiado fuerte.



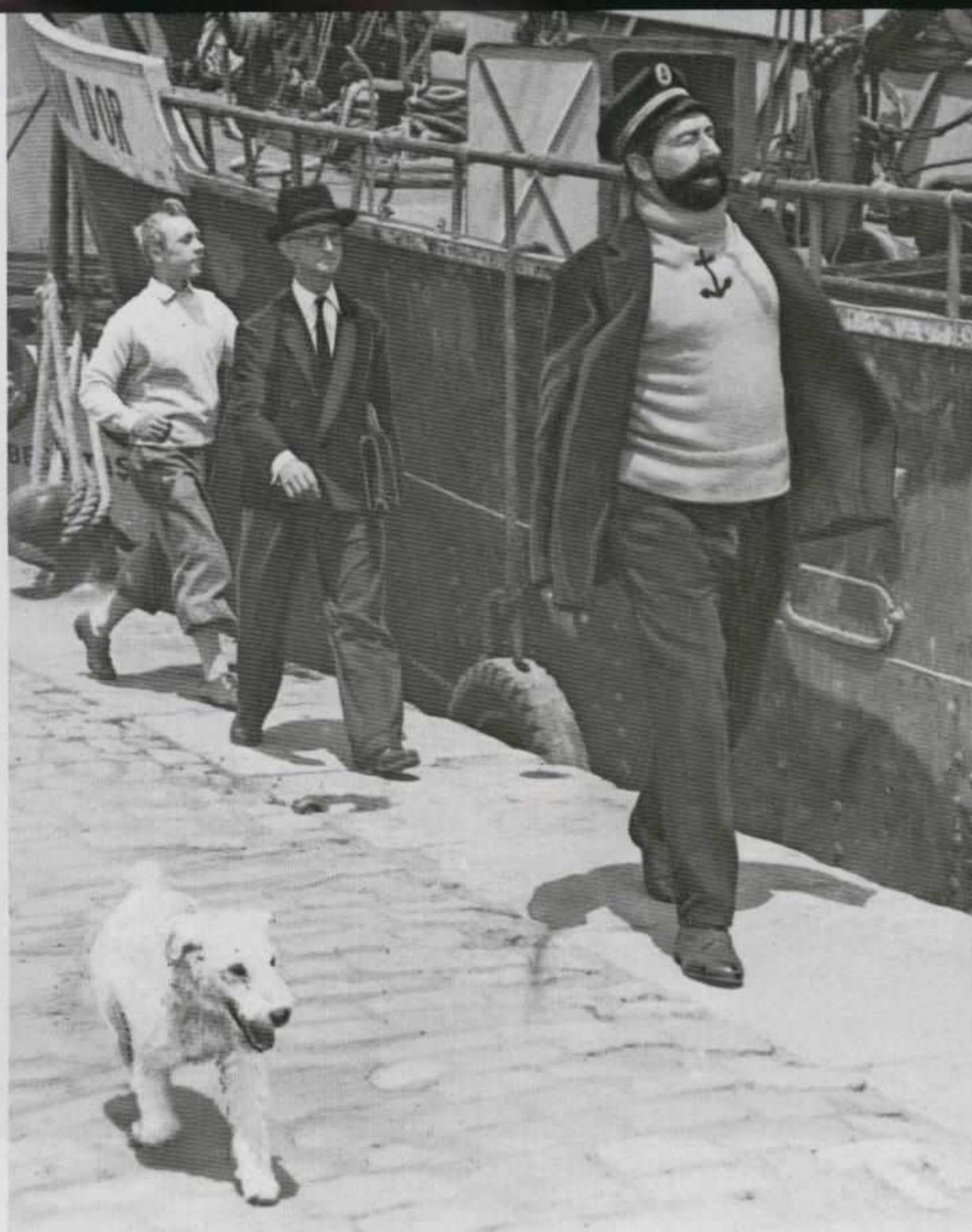


Veinticuatro horas después, nuestros héroes estaban en Turquía. A bordo de una de esas pequeñas lanchas que recorren día y noche el Cuerno de Oro, Tintín, el capitán Haddock y Milú descubrieron Estambul.

El profesor Tornasol no iba con ellos. El viejo sabio se había negado a abandonar su laboratorio en el momento en que sus experimentos parecían a punto de llegar a su término.

Durante semanas y semanas había desafiado con idéntica indiferencia tanto las explosiones como las iras del capitán, trabajando en la puesta a punto de un carburante de un tipo totalmente revolucionario. Se había decidido que se uniría a sus amigos en Atenas, la primera escala de *El Toisón de Oro*. El capitán Haddock planeaba un estupendo crucero mediterráneo que los llevaría a todos a Francia en el magnífico barco de vapor de Temístocles Papananic. *El Toisón de Oro*, de eso no le cabía la menor duda al capitán Haddock, no podía ser más que un poderoso buque.

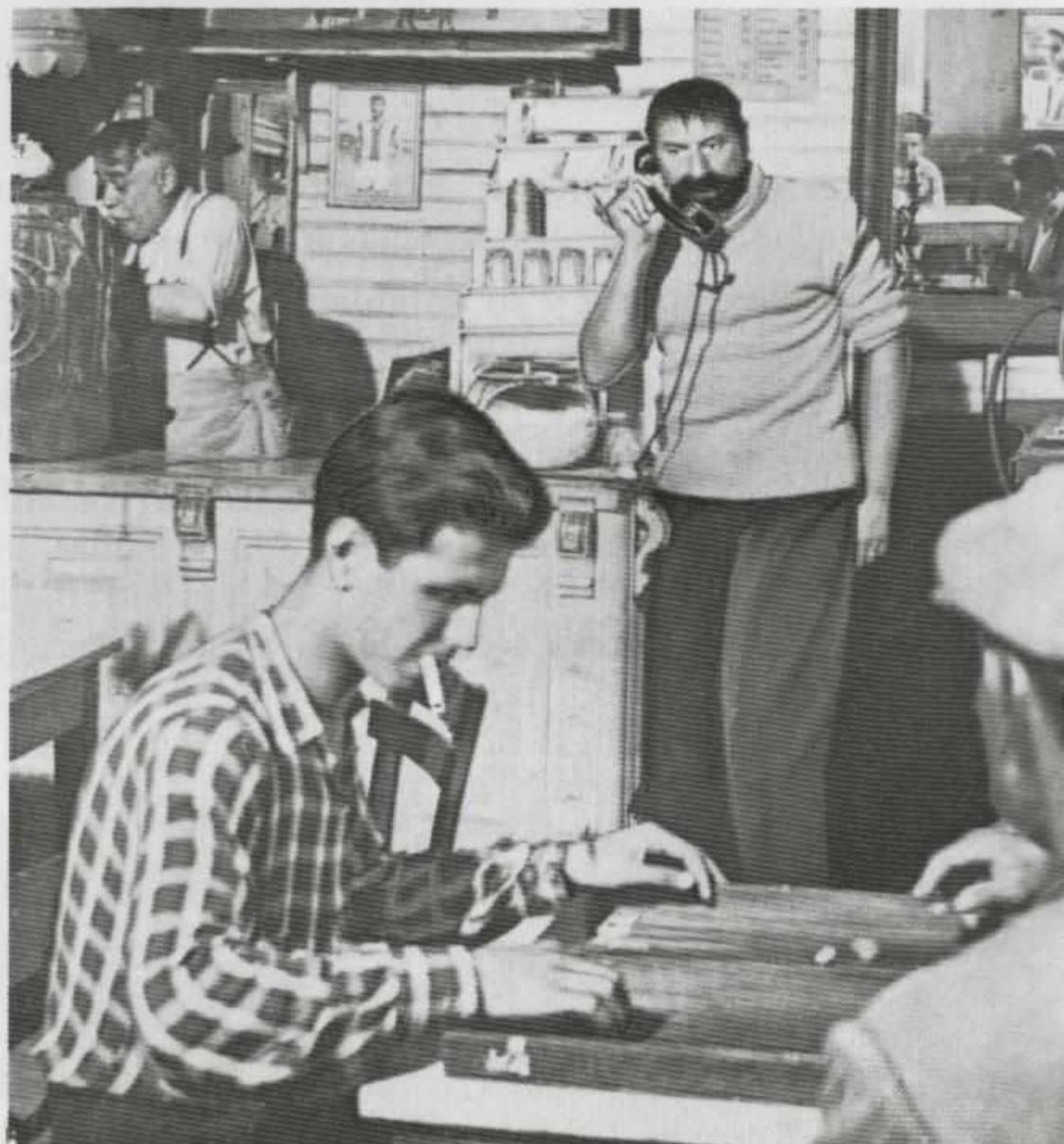
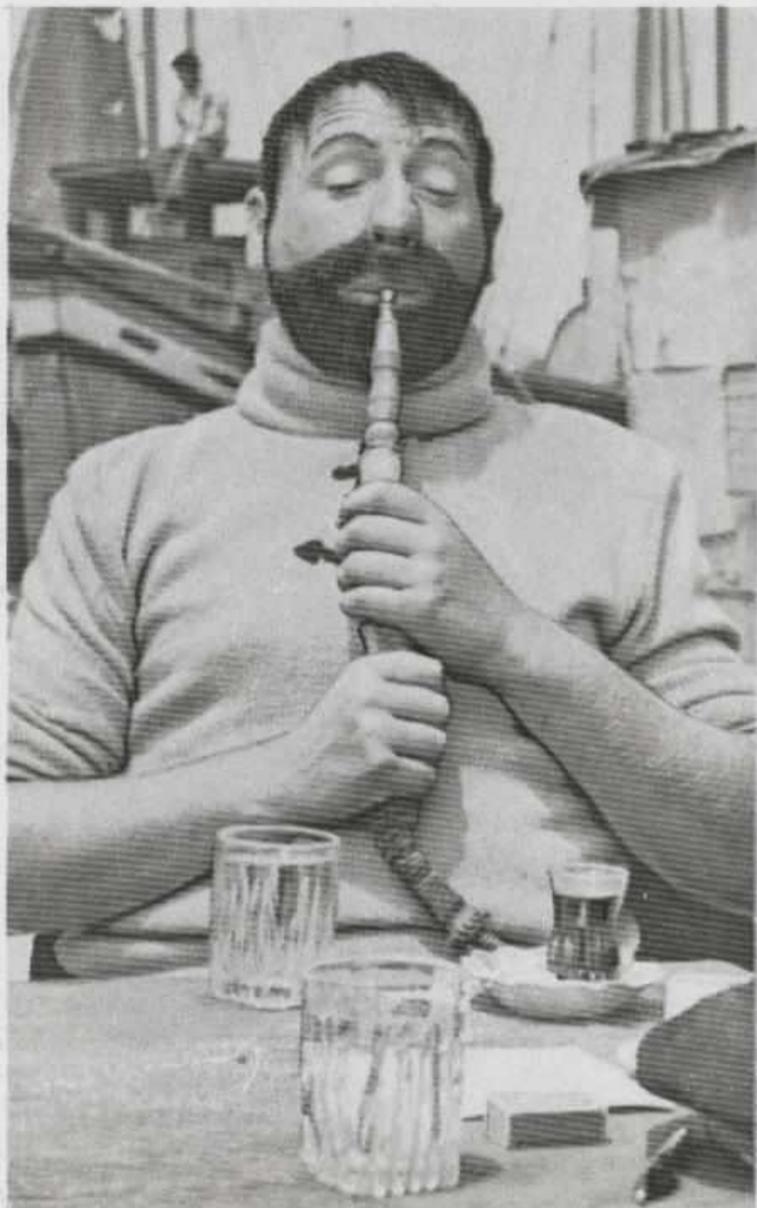
Desgraciadamente, su decepción iba a ser brutal y terrible...



El *Toisón de Oro* parecía tener cien años, con su casco cubierto de herrumbre y su entablado carcomido. Una rápida visita a la cabina y a la cala, en la que no había más que un montón de alfombras sin valor, bastó para despojar al capitán de sus últimas ilusiones: «No daría ni dos reales por esta birria.» En aquel momento apareció el señor Karabina, hombre muy bien vestido, muy distinguido y, sobre todo, muy generoso. ¿Pues no venía a ofrecer al capitán Haddock seiscientas mil libras turcas a cambio de aquel miserable barco?

¿Qué interés podía tener *El Toisón de Oro* para aquel caballero? Muy sencillo. El riquísimo Antón Karabina había sido compañero de armas de Paparanic y deseaba tener un recuerdo del desaparecido. Esta buena razón y los treinta millones de francos que la acompañaban hubiesen bastado para convencer al capitán Haddock, pero, desconfiando, Tintín aconsejó al capitán que se tomase tiempo para reflexionar. El señor Karabina, que de pronto había tomado una actitud amenazadora, se fue y dejó su tarjeta: Antón Karabina, presidente de Karexport.

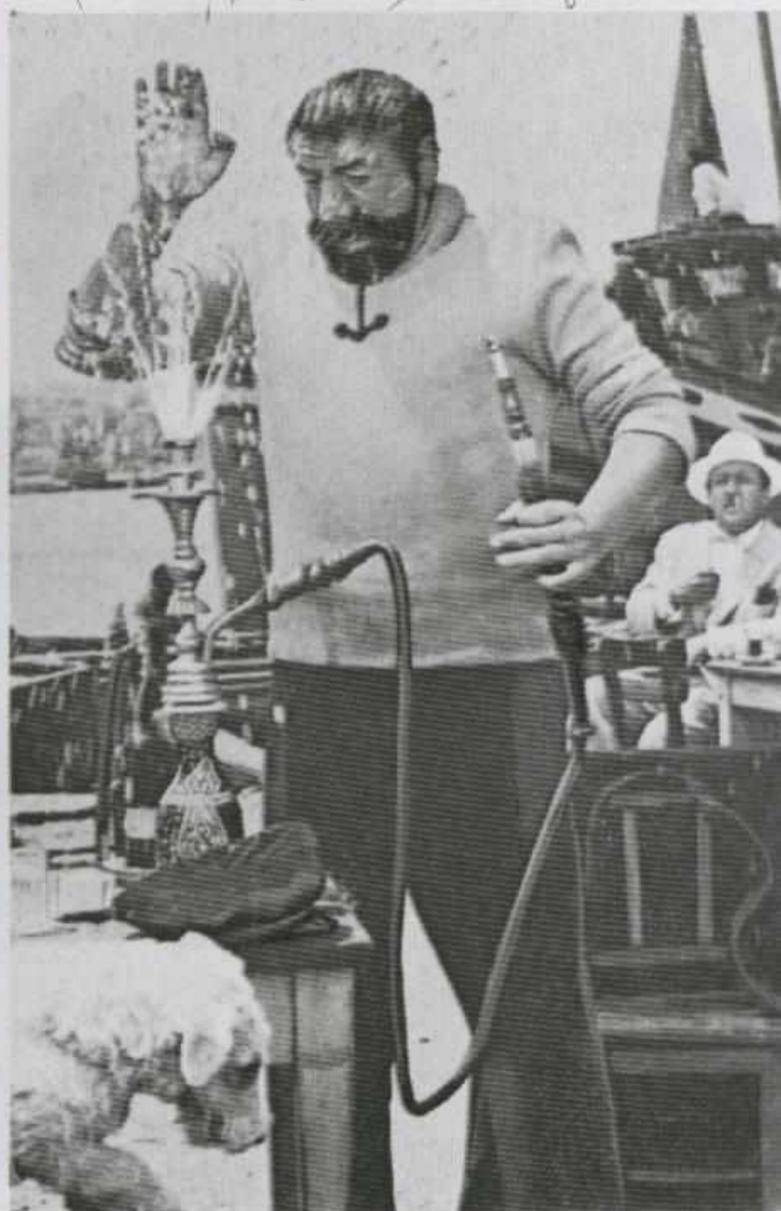
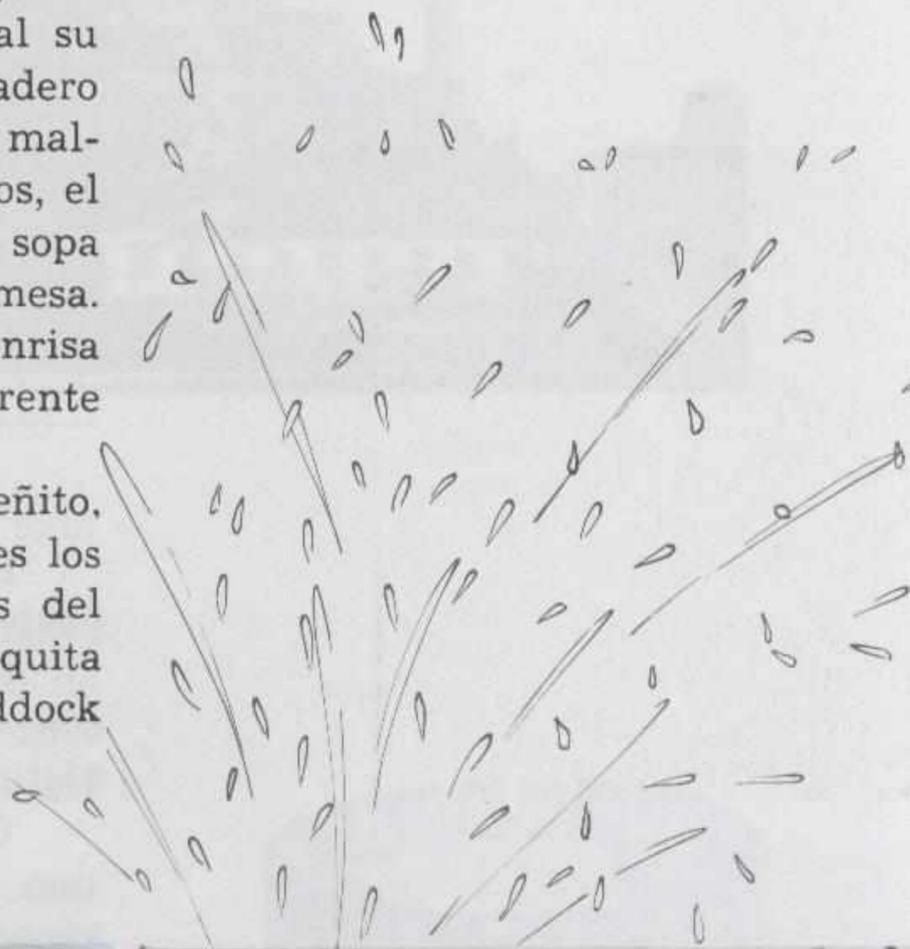




Dos horas después, en la terraza de un simpático y pequeño restaurante, el capitán Haddock —que se iniciaba en las delicias de la pipa turca— tuvo la sorpresa de oír cómo le llamaban al teléfono. Sí, era a «Effendi Haddock» a quien un desconocido quería hablar, un desconocido que le aconsejó amistosamente vender *El Toisón de Oro* lo más rápidamente posible si no quería ser pronto víctima de graves problemas. De nuevo en su mesa, el capitán estalló de pronto: «¡Una amenaza!... ¡Este barco lo venderé si quiero! Es mío, ¿no?»

En su enfado, el capitán Haddock manejó tan mal su pipa, que ésta voló en pedazos, dejando escapar un verdadero geiser. Fue algo terrorífico. Enloquecido, gesticulando y maldiciendo a aquella «pipa a reacción» de todos los diablos, el capitán Haddock hubiese quedado empapado como una sopa de no ser por la intervención de un amable vecino de mesa. Sí, un hombre pequeño se había levantado con la sonrisa en los labios y una servilleta en la mano para secar la frente del capitán.

Era verdaderamente servicial aquel hombre pequeño, el señor Malik. Propuso a Tintín y al capitán mostrarles los encantos ocultos de Estambul... las embrujadas calles del Bósforo... las pintorescas callejuelas... la fascinante Mezquita Azul... Encantados por esa proposición, Tintín y Haddock aceptaron el papel de turistas.





El señor Malik era un guía muy agradable y conocía hasta los más ocultos rincones de la ciudad.

Pero después de visitar la Mezquita Azul y comprar dos soberbios jarrones, el capitán Haddock estuvo a punto de ser víctima de un estúpido accidente.

Cuando subía por una empinada callejuela, mirando a uno y otro lado maravillado, el capitán oyó de pronto una especie de atronador rugido y gritos: «¡Capitán! ¡Cuidado! ¡Capitán!»

Haddock apenas tuvo tiempo de volverse. Un tonel, un enorme tonel bajaba la calle a toda velocidad. Sin duda había caído de algún camión en el que un repartidor lo había colocado mal.

Sólo por los pelos se libró el capitán de ser aplastado.





—Es la primera vez que un tonel me ha dado miedo—
gruñó el capitán.

El señor Malik lo sentía muchísimo, lo sentía con toda su alma.

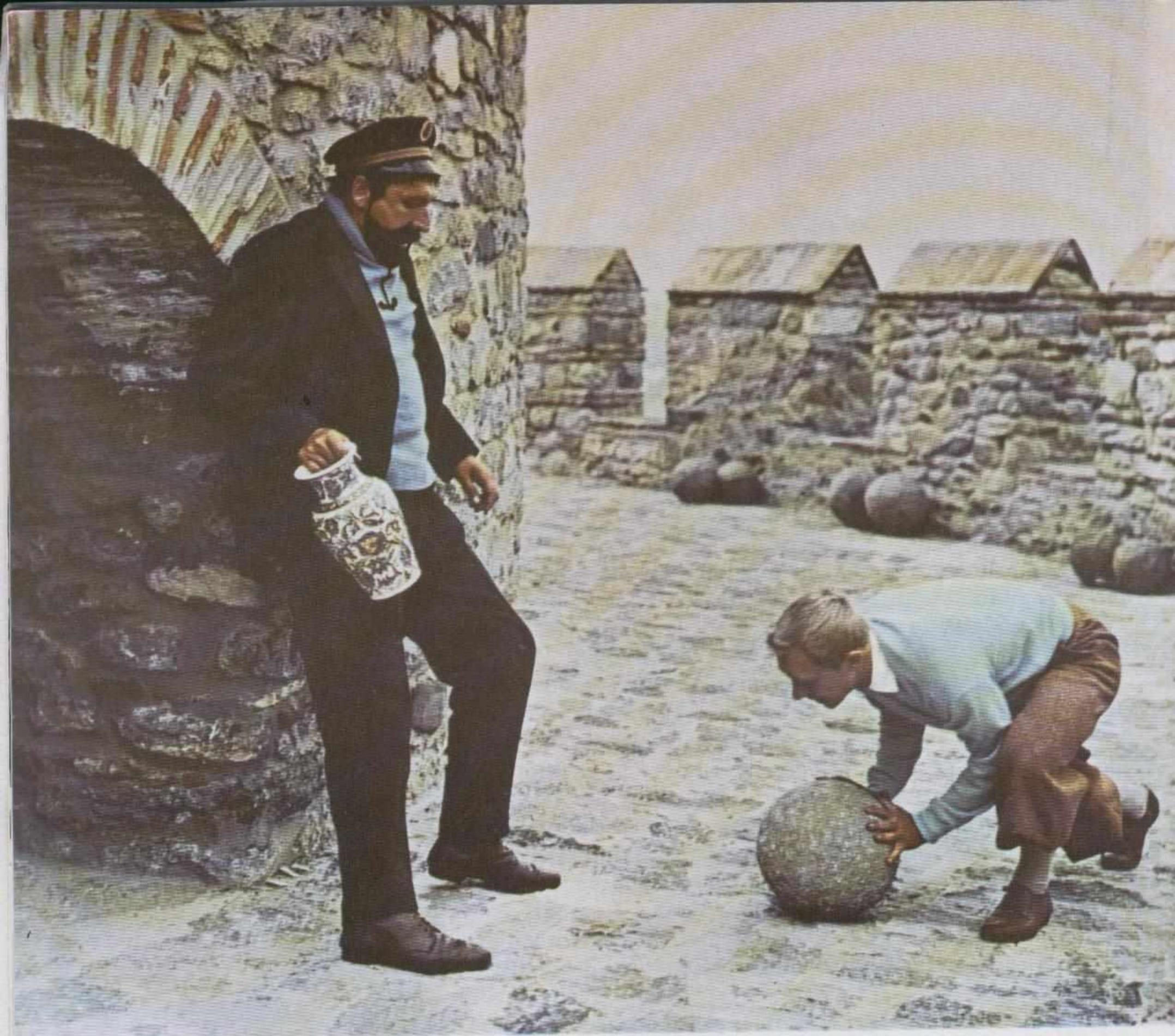
Para que nuestros héroes se olvidasen de tan lamentable accidente, los llevó a la torre de Galata: «La coronación de esta visita, señores... Doscientos cincuenta escalones... Pero... desde lo alto de esta torre... el más bello espectáculo del mundo: Bizancio... Constantinopla... Estambul...»

Pero apenas en el interior de este antiguo castillo otomano, nuestros héroes tuvieron la desagradable sorpresa de oír chirriar la pesada puerta de la entrada y verse encerrados, solos en la oscuridad.

Haddock encendió una cerilla, y una bala de revólver silbó junto a su oreja. Unos hombres escondidos disparaban sobre ellos.

¡Era una trampa!





De cuatro en cuatro, Tintín, Haddock y Milú subieron los escalones de la escalera de caracol. Puesto que toda retirada era imposible, había que ir hacia adelante de cabeza. La escalera daba vueltas y más vueltas, y el capitán Haddock creyó perder el aliento. Sin embargo, acabó reuniéndose con Tintín en la plataforma superior. Malik no había mentido: desde allí se dominaba el Bósforo, y el panorama era verdaderamente maravilloso, pero la hora no era la más indicada para admirar el paisaje. Había que pasar a la acción. Mientras el capitán cerraba el paso a sus enemigos lanzando por la estrecha escalera viejas balas de cañón, Tintín buscaba una salida. Ochenta metros lo separaban del suelo. La cúspide de la torre estaba unida al suelo por el cable de un pararrayos, y Tintín tuvo una idea... Una idea descabellada... Saltó el parapeto, se agarró al cable y, a pesar de la vertiginosa distancia, comenzó el largo y peligroso descenso.



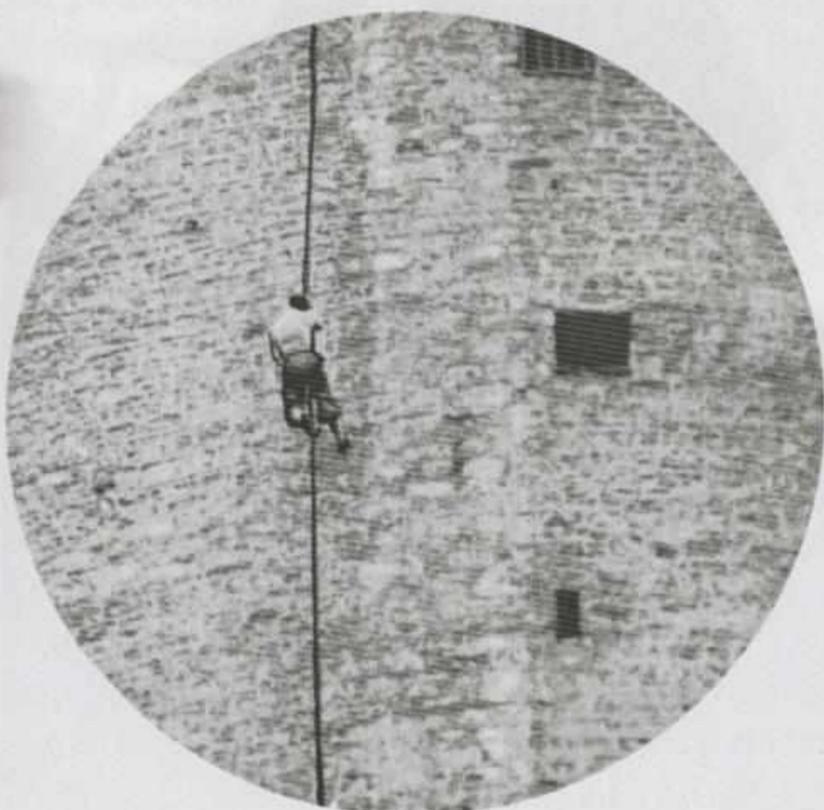
Ante la puerta de la torre, el señor Malik daba vueltas y más vueltas fumando un cigarrillo.

Imaginaos su espanto cuando vio a Tintín caer del cielo.

Malik no era un luchador. Temblando de miedo, se apresuró a obedecer las órdenes de Tintín: abrió la puerta de la torre y gritó a sus cómplices que escapasen, que llegaba la policía...

Fue una gran desbandada... Aplastado contra la muralla, manteniendo inmovilizado a Malik, Tintín vio pasar cuatro rayos... sus agresores. Después apareció el capitán, quien a pesar de su falta de aliento soltó un torrente de insultos: «¡Lukums!... ¡Analfabetos!... ¡Bachi-bazuks!... ¡Iconoclastas!»

Se encontró frente a frente con Malik y se preparaba a hacerle pasar un mal rato, cuando Tintín, que creía más juicioso hacerle hablar, lo detuvo. Malik, hablando apresuradamente, les contó como unos hombres le habían pagado para hacer seguir a Tintín y al capitán un itinerario cuidadosamente preparado con antelación; que pasaba por la calle del tonel y conducía a la torre de Galata. Sacó del bolsillo un pequeño plano de Estambul mal dibujado en un sobre... en cuyo dorso estaba impreso un cocodrilo rojo.





Cuando el capitán Haddock y Tintín regresaron a *El Toisón de Oro* era ya noche cerrada.

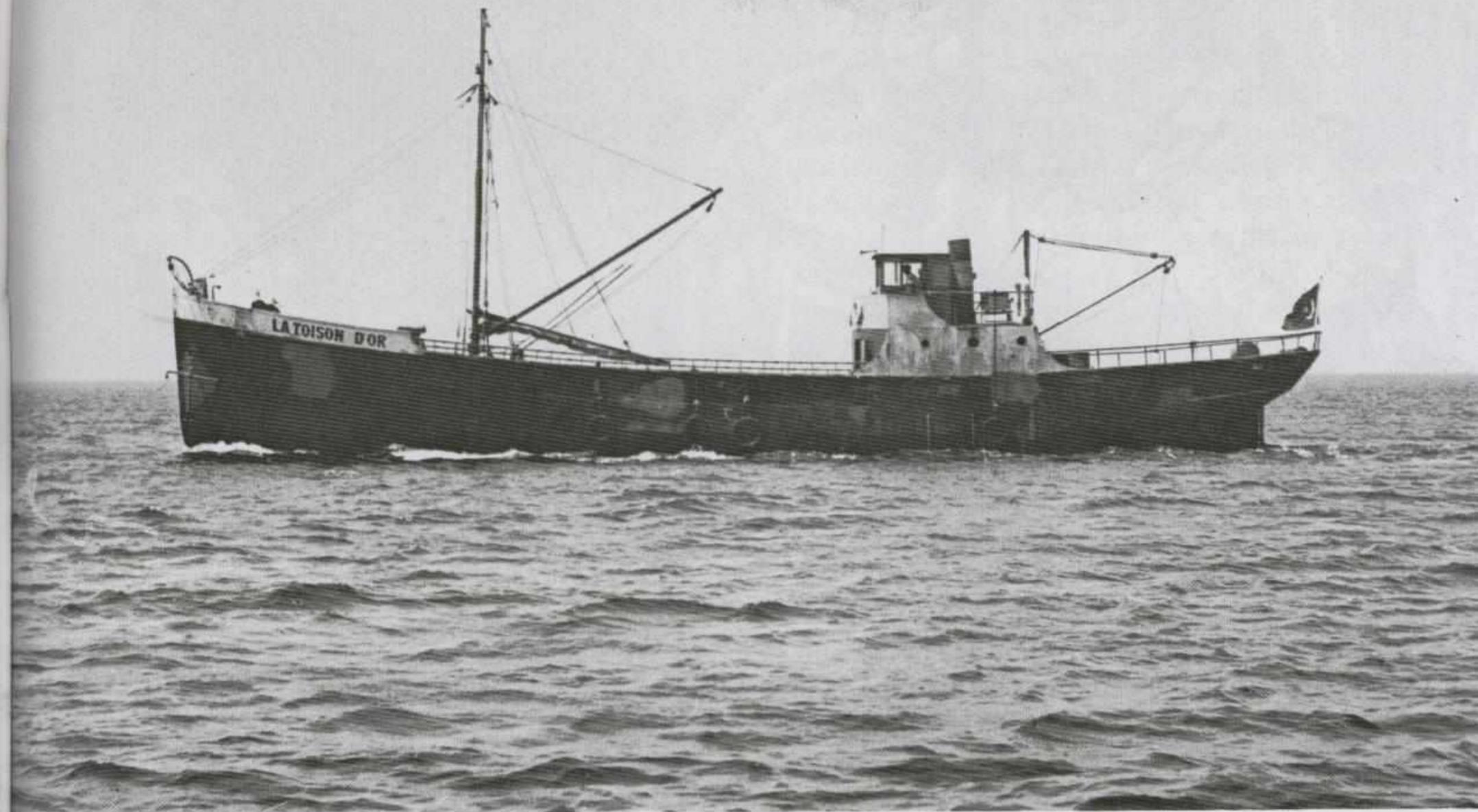
Clodion (el cocinero de Temístocles Papananic) tenía un mensaje para Haddock. Un desconocido ofrecía un millón de libras turcas por *El Toisón de Oro*. «Las pujas suben», gruñó Haddock, incapaz de reaccionar ante tantos acontecimientos. Para pensar sobre ello se encerró con llave en la cabina del comandante. Había llegado el momento de tomar una decisión.

Vender o no vender *El Toisón de Oro*, ésta era la pregunta que se planteaba el capitán. Vender era traicionar la última voluntad del difunto, y asimismo ceder ante los misteriosos hombres que amenazaban a nuestros héroes desde su llegada a Estambul. Pero por otra parte, ¿cómo navegar sobre aquel miserable esqueleto de hierro...? Para el capitán fue un caso de conciencia.

Finalmente, el capitán Haddock tomó la única decisión digna de un viejo marino: al día siguiente contrataría una tripulación y *El Toisón de Oro* se haría a la mar.

Sí, Haddock respetaría la última voluntad de su amigo Temístocles Papananic.





Decir que los preparativos de *El Toisón de Oro* para zarpar fueron una bella página de la historia de la navegación sería una exageración.

Con un tiempo nada propicio, el capitán Haddock se vio obligado a reclutar una tripulación de mercenarios, formada por dos auténticos piratas, Atila y Angorapoulos, y un bruto completamente analfabeto, llamado Yefim. Estos tres bergantes parecían ignorar hasta las cosas más elementales del oficio de marino. Solamente la salida de puerto de *El Toisón de Oro* fue el origen de uno de los enfados más espectaculares de la carrera del capitán Haddock.

Si la salida de *El Toisón de Oro* no fue muy brillante, ¿qué decir del resto de la travesía?

Todo iba mal a bordo, empezando por la cocina de Clodion y terminando por el griterío de Rómulo. Rómulo era el loro de a bordo, un pájaro tonto que pasaba la mayor parte del tiempo chillando estridentemente: «¡Va a haber jaleo!... ¡Va a haber jaleo!...»





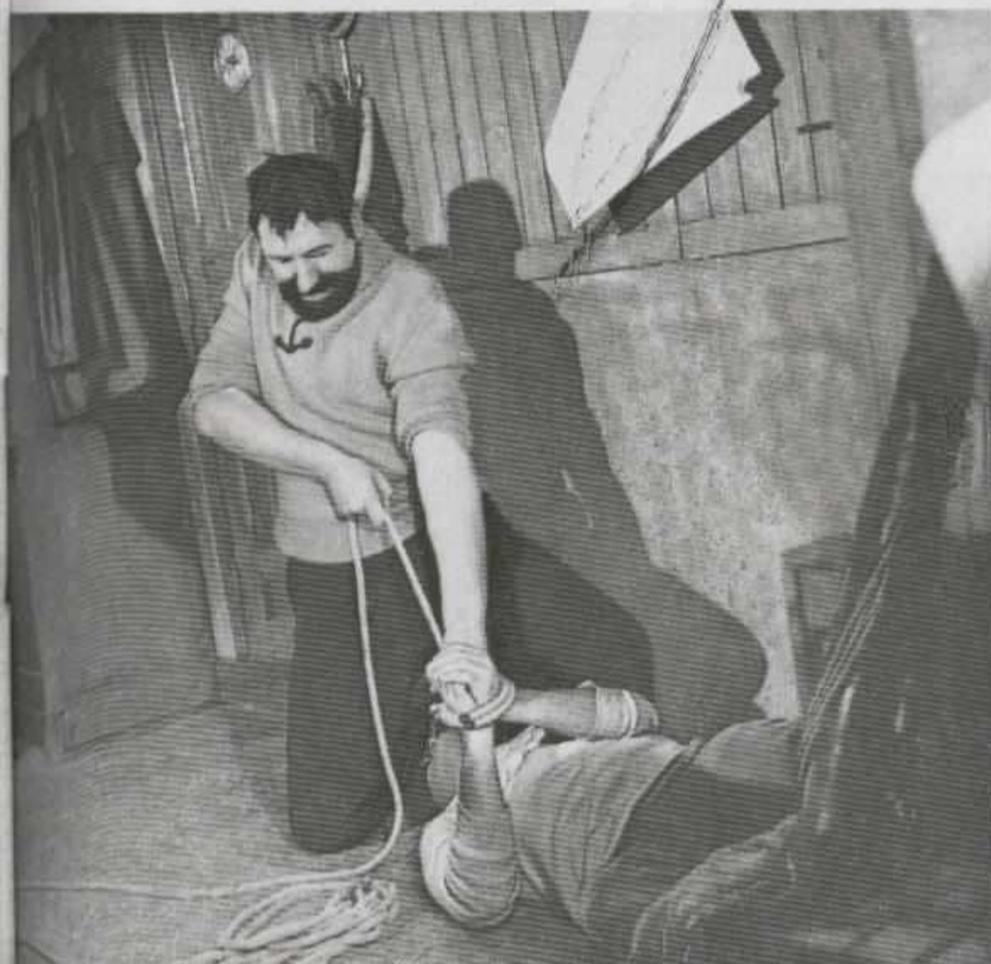
Mientras el capitán intentaba —no sin esfuerzo— inculcar a su tripulación algunos principios elementales sobre la navegación, Tintín examinaba cuidadosamente los papeles del comandante Paparanic. En su despacho había encontrado un montón de recortes de prensa relatando algunas aventuras del comandante. Paparanic había navegado bajo todos los cielos y naufragado tres veces. Siete veces había sido arrestado por escándalo en la vía pública y había recibido once medallas de salvamento. Pero lo más sorprendente era un artículo recortado del «Sol del Tetaragua», con fecha de 28 de marzo de 1936, anunciando la formación de un gobierno presidido por el propio Paparanic. Parecía imposible de creer, y, sin embargo, la amarillenta fotografía mostraba al comandante rodeado de sus ministros. «A saber —rió Haddock— lo que el viejo pirata de Paparanic hizo en Tetaragua.»





La noche del tercer día, al entrar Tintín en el camarote, sorprendió a Angorapoulos examinando los papeles del comandante Páparanic. Angorapoulos no mostró la menor emoción, limitándose a aconsejar a Tintín que levantase las manos, al mismo tiempo que sacaba de su bolsillo un arma de respetable calibre.

Tintín hizo saltar el arma de las manos de Angorapoulos y entonces comenzó la batalla. Cuando después de unos minutos de lucha entre los constantes « ¡Va a haber jaleo! » de Rómulo el capitán Haddock abrió la puerta, fue para comprobar que uno de sus cuatro marineros estaba fuera de combate.





Angorapoulos fue encerrado en la cala en espera de ser entregado a la policía griega, pero cuando *El Toisón de Oro* hizo escala en El Pireo, el marinero se había fugado. ¿Gracias a la complicidad de quién? ¡Misterio! En El Pireo, el nuevo propietario de *El Toisón de Oro* debía desembarazarse de las alfombras que se amontonaban en la cala. Éstas iban destinadas a un comerciante llamado Midas Papos. El capitán Haddock y Tintín le reservaron su primera visita. Pero apenas hubieron dejado el barco, Atila se dirigió a una cabina telefónica, mientras el enorme Yefim desapareció en el interior de una tiendecita que daba al muelle... Sobre la puerta... una placa de cobre con un cocodrilo rojo y las palabras: «Agencia Karexport».

Cuando Haddock dijo a Midas Papos que Papanic había muerto, el comerciante rompió a llorar. Luego, mientras servía el tradicional vaso de uzo, Midas Papos evocó los años en que había navegado a las órdenes del comandante Papanic:

—Visitamos África, China; también América... Chile, Brasil, Tetaragua...

—¿Estaba usted en Tetaragua, señor Papos?

—¿Si estaba en Tetaragua...?

Midas Papos no tuvo tiempo de acabar su frase... Sonó un disparo y de pronto un revólver fue lanzado a través de la ventana, cayendo en la habitación.



Midas Papos se des-
plomó.

Cuando llegó el botones
de la tienda, atraído por el
disparo, y vio a su patrón
tendido en el suelo y a Had-
dock gesticulando con una
pistola en la mano, no tuvo
duda alguna de que se halla-
ba ante los asesinos.



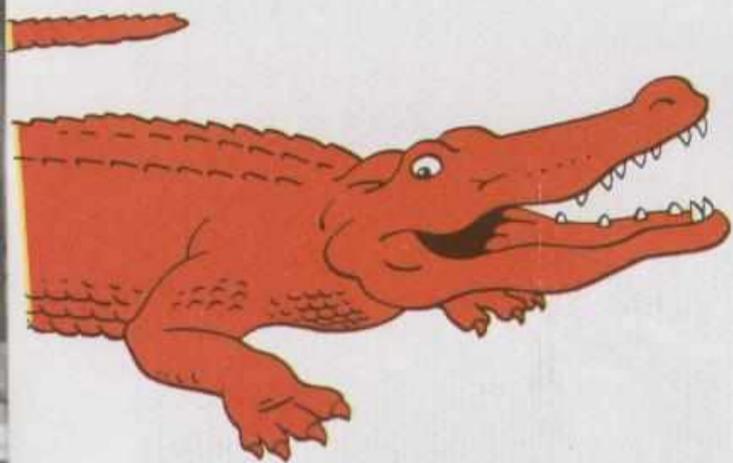


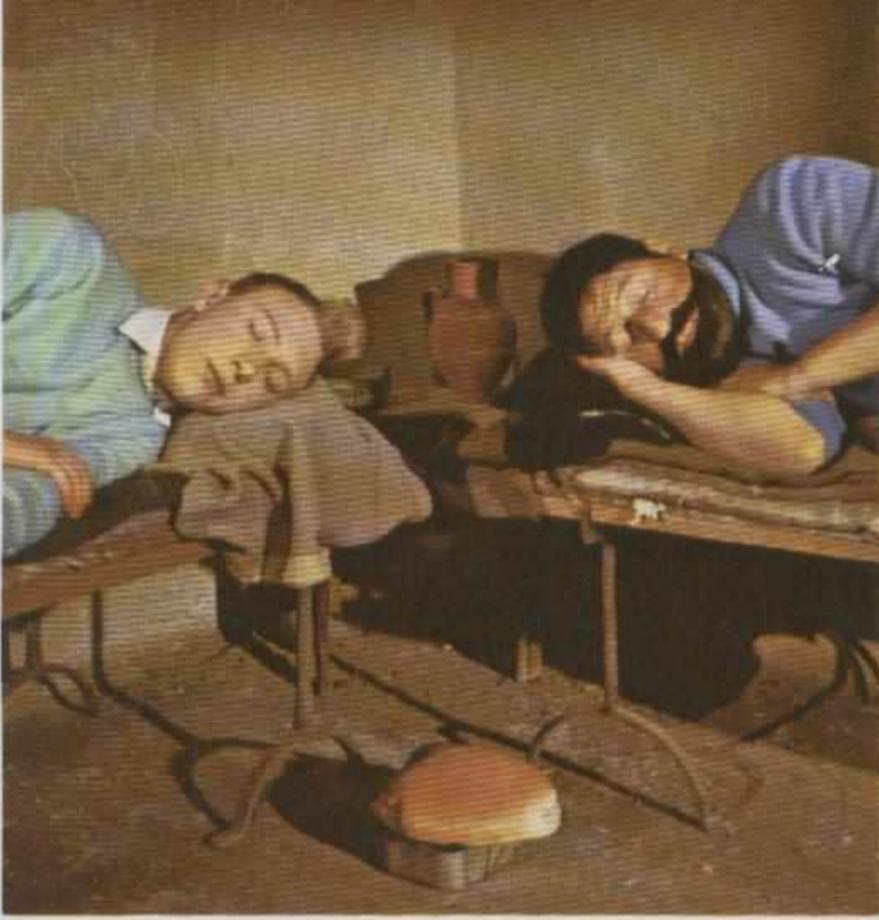
Unos minutos más tarde llegaba la policía, agentes griegos que no comprendían una sola palabra de francés. Tintín, que se había precipitado en ayuda de Midas Papos, reclamaba la presencia de un médico. Haddock proclamaba su inocencia a pleno pulmón. En cuanto a Milú, juzgó lo más oportuno saltar sobre uno de los agentes e hincar sus colmillos en la pernera de su pantalón.

Los policías de Atenas son buena gente, pero aun así... invitaron a los dos «sospechosos» y a su perro a seguirlos a la comisaría más próxima.

Parecía que la suerte había vuelto las espaldas a nuestros amigos.

Pero ¿quién había podido disparar sobre el honorable señor Papos? ¿Y por qué? ¿Por qué en el justo momento en que el comerciante griego había pronunciado la palabra «Tetaragua»?





Dos días después, Tintín y Haddock seguían pudriéndose sobre la húmeda paja de un jergón. El capitán no se movía, pero Tintín se dedicaba a un extraño juego. Había dibujado sobre la húmeda pared de la celda, con la ayuda del mango de su cuchara, cinco siluetas. Cinco siluetas que correspondían a las de Temístocles Papanic y sus compañeros de Tetaragua... Midas Papos... Antón Karabina... ¿Y los otros dos? ¿Quiénes eran? Tintín daba vueltas y vueltas en su cabeza a estas preguntas cuando hicieron su entrada Hernández y Fernández, que venían —aler-
tados por la Interpol— a rescatar a nuestros héroes de las garras de la policía griega.

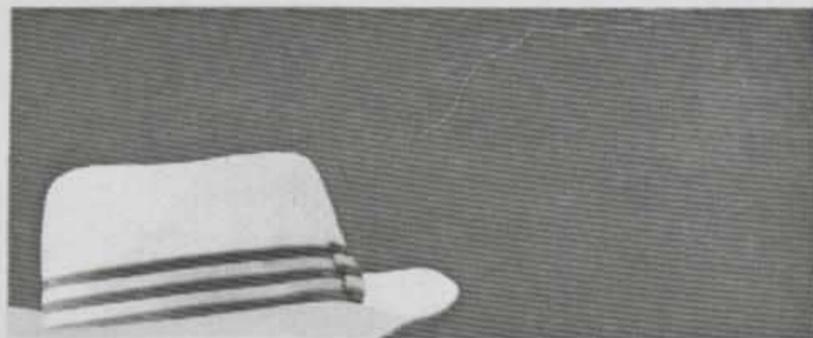
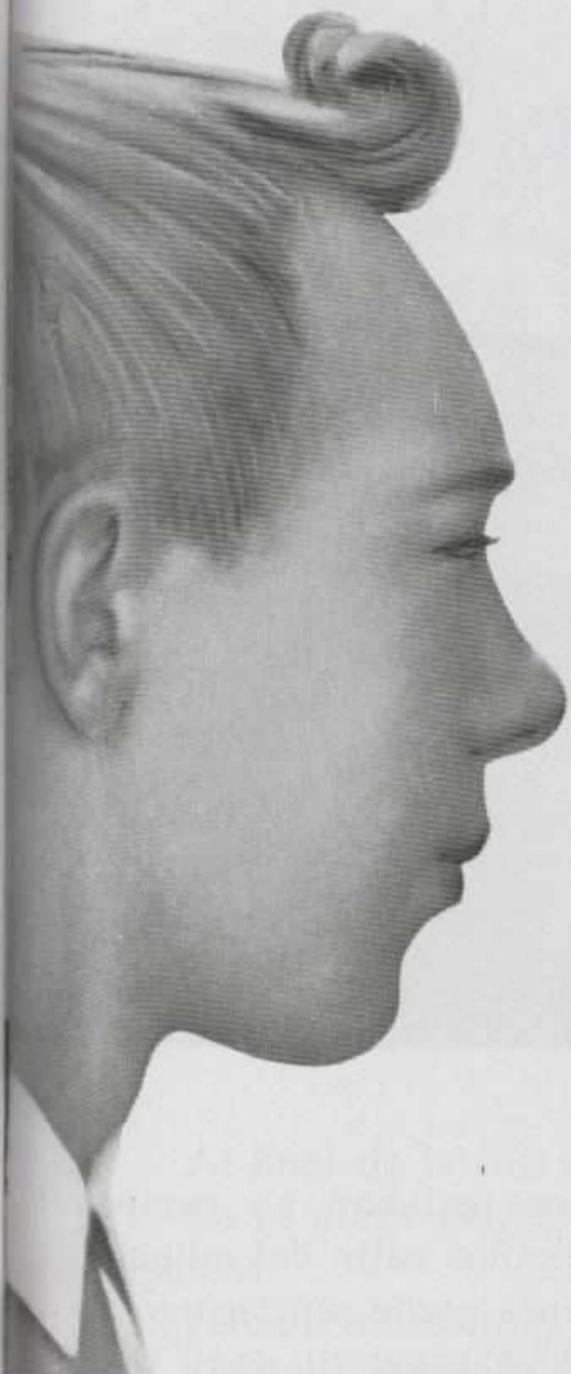




Resueltos a pasar inadvertidos, Hernández y Fernández se habían puesto sendos trajes nacionales griegos, lo que hizo morir de risa a todos los niños del Pireo y — desde luego — provocó la cólera de Haddock. Éste suplicó a los hermanos gemelos que se quitasen sus disfraces lo antes posible: «Esto no es un carnaval.» Los dos inspectores hicieron observar al capitán que llevarían sus investigaciones a su manera. «Boca cerrada y ni una sola palabra... Estamos aquí de incógnito», declaró Hernández guiñando el ojo con malicia. «Yo diría más — añadió Fernández —, boca cerrada y ni una sola palabra.»

El capitán no tenía gana alguna de perder el tiempo con aquellos dos simplones. Estaba de muy mal humor y comenzaba a sentirse harto de *El Toisón de Oro* y de sus misterios. ¿Y Tintín? ¿Qué hacía Tintín? Tintín había ido a interesarse por Midas Papos. Éste se hallaba todo lo bien que puede encontrarse un hombre al que han intentado asesinar, y pronto abandonaría la clínica para volver a su tienda.

Recorriendo las calles de Atenas, Tintín fue atraído por una silueta que se recortaba tras el cristal de una peluquería. No cabía ninguna duda: Angorapoulos. El hombre que acababa de cortarse el pelo y el evadido de *El Toisón de Oro* eran una misma persona.



No había que dejarle escapar. Mientras Tintín se escondía en un portal, Milú corría a buscar al capitán. Éste llegó acompañado por Hernández y Fernández y comenzó la persecución de Angorapoulos. Le vieron entrar en un edificio en cuya fachada estaba pintado un enorme cocodrilo rojo: el cuartel general de «Karexport» en Atenas. Nuestros amigos se quedaron en la calle, vigilando.

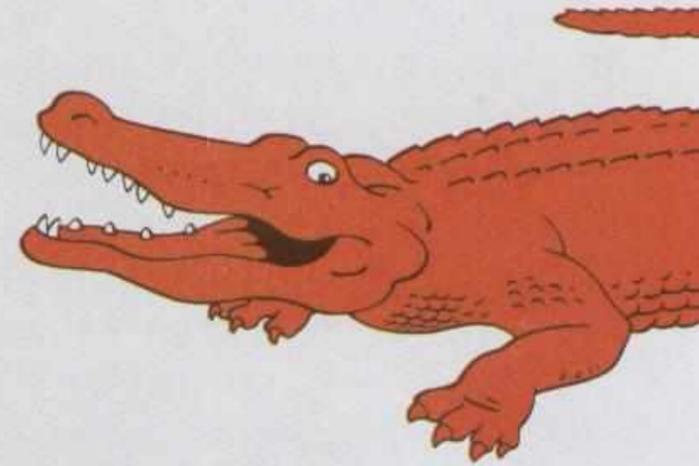




Una hora después, nuestros héroes estaban en campo abierto. Tintín había visto a Angorapoulos salir del edificio de «Karexport» al volante de un potente coche americano, y junto con sus compañeros se precipitó a coger un taxi. Comenzó entonces una movida persecución a través de carreteras pobladas por toda clase de animales. En un cruce tuvieron que enfrentarse con un rebaño de ovejas, y, después, con una tribu de pavos.

Pero fue un pequeño y tozudo asno quien les hizo perder más tiempo.





Al final de la carretera había un pueblo.

En la plaza del mismo se encontraba el coche de Angorapoulos.

¿Dónde estaban él y sus cómplices? Misterio.

Tintín examinaba los alrededores, tratando de encontrar algún indicio, cuando Milú se puso a ladrar. No había duda, Milú había encontrado una pista...

Mientras el capitán y los policías calmaban su sed en la terraza de una posada, Tintín siguió los pasos de Milú. El posadero era muy acogedor y el albergue estaba de fiesta. Había una boda...



¡Una boda!

Todo el pueblo estaba allí con sus mejores galas, y se cantaba, reía y bailaba. El capitán Haddock no había bailado desde hacía una eternidad. La tentación fue más fuerte que él. Cuando vio a las chicas y los chicos girar cadenciosamente, sintió un cosquilleo en las piernas. Para empezar, chasqueó los dedos — como los bailarines —; después, tímidamente, esbozó una pirueta. El capitán parecía un oso bailarín, pero ello no impidió que una dama de cierta edad y no menos volumen le tendiese la mano con una graciosa sonrisa.

Dos minutos más tarde el capitán Haddock giraba como un torbellino, con gran indignación de Hernández y Fernández, que consideraban que el capitán había pasado ya de la edad de hacer esas tonterías. Los detectives gemelos hubiesen hecho mejor en mirar lo que sucedía en el lado de la orquesta. Detrás de los músicos acababa de aparecer una silueta: la de Angorapoulos.







Mientras el capitán perdía así el tiempo, Tintín tuvo la triste sorpresa de comprobar que si Milú tenía buen olfato, no se daba cuenta de la gravedad de la situación.

En efecto, la pista que había seguido sólo conducía a un asador sobre el que se doraba un enorme cordero.

Después de decir claramente a su amigo de cuatro patas lo que pensaba sobre su incalificable ligereza, Tintín volvió a la posada a toda prisa. Cuando comprobó que también el capitán había olvidado lo que les había conducido hasta allí, casi no pudo conservar su sangre fría. Apenas devolvió la sonrisa a la encantadora pareja del capitán, la señorita Sirocopoulis. Sin embargo, Tintín parecía fascinado por uno de los músicos... Tintín arrugaba la frente, y de pronto lo supo: ¡era uno de los cuatro hombres fotografiados con Temístocles Papanic en Tetaragua!





Sacó el viejo periódico de su bolsillo. No. Tintín no se equivocaba. El parecido era extraordinario. El clarinetista era sin duda alguna uno de los antiguos compañeros de Temístocles Paparanic. Todo estaba claro: Angorapoulos había llegado al pueblo para encontrar a aquel personaje saltarín. Olvidando a los policías, que se habían dejado arrastrar por la farándula, Tintín y el capitán pasaron a la acción. Pero cuando lograron atravesar la multitud y llegar al estrado de los músicos era demasiado tarde. Angorapoulos y sus cómplices arrastraban hacia su coche al clarinetista, que se debatía inútilmente, y arrancaban.

Tintín se hizo cargo de la situación con una sola mirada.

Era necesario a cualquier precio alcanzar a los bandidos que acababan de raptar a Scubiduvitch, pues éste era el nombre del extraño personaje.



Pero, por desgracia, el chófer del taxi había aprovechado la pausa para cambiar uno de los neumáticos. Milú se hizo perdonar, pues esta vez su olfato no falló y se lanzó hacia una moto aparcada delante de la posada. ¡Una moto!



Haddock y Milú apenas tuvieron tiempo de acomodarse en el asiento de detrás, pues Tintín arrancaba ya a todo gas. El coche de Angorapoulos corría a tumba abierta.





Dos carretas cargadas de heno, circulando la una en dirección opuesta a la otra, les cerraban el paso. «¡Para!», gritó Haddock. Pero Tintín, decidido a no dejarse distanciar, no oyó el grito del capitán. Cerrando los ojos, con las manos crispadas sobre el manillar, aceleró.

Cuando Tintín abrió los ojos ya habían salvado el obstáculo. Con la barba llena de paja y temblando aún de miedo, el capitán se disponía a soltar el más sonoro de todos sus «truenos y relámpagos» cuando sonó un disparo. Era Angorapoulos, que tiraba contra ellos. Una bala... dos balas...

El capitán y Milú estaban seguros: había llegado su última hora. Milú escondió la cabeza bajo el chaquetón del capitán. Para evitar los disparos, Tintín describía impresionantes zigzags rozando los barrancos que bordeaban la carretera. Angorapoulos iba a disparar por tercera vez.

Entonces surgió el autocar. Para evitar el choque, Angorapoulos dio un viraje y el coche se salió de la carretera, dando la vuelta de campana con gran estrépito. Angorapoulos y sus amigos consiguieron salir de entre los restos del coche, que comenzaba a arder, y escaparon hacia el fondo del barranco.

Pero ¿dónde estaba el músico?

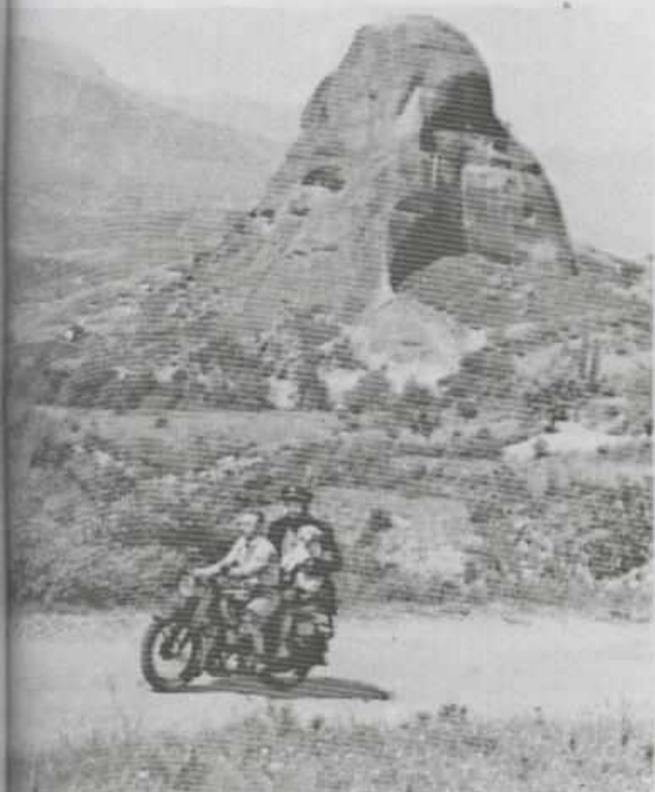
Tintín corrió hacia el coche y consiguió sacarlo de entre los hierros retorcidos en el último momento. Unos segundos más tarde, el coche hacía explosión.



O Scubiduvitch era un pobre tonto, o era un maravilloso actor. Tintín y el capitán creyeron que no conseguirían arrancarle la más pequeña información. Sin embargo, poco a poco, y con algo de dinero como aliciente, Scubiduvitch pareció recobrar un poco la memoria. Sabía, por ejemplo, que el comandante Temístocles Papanic poseía un tesoro... sabía también quién era «el quinto hombre», el último de sus compañeros en Tetaragua: Alexandre, Alexandre Timotchenko, que se había convertido en monje retirándose a un monasterio de los Meteoros.

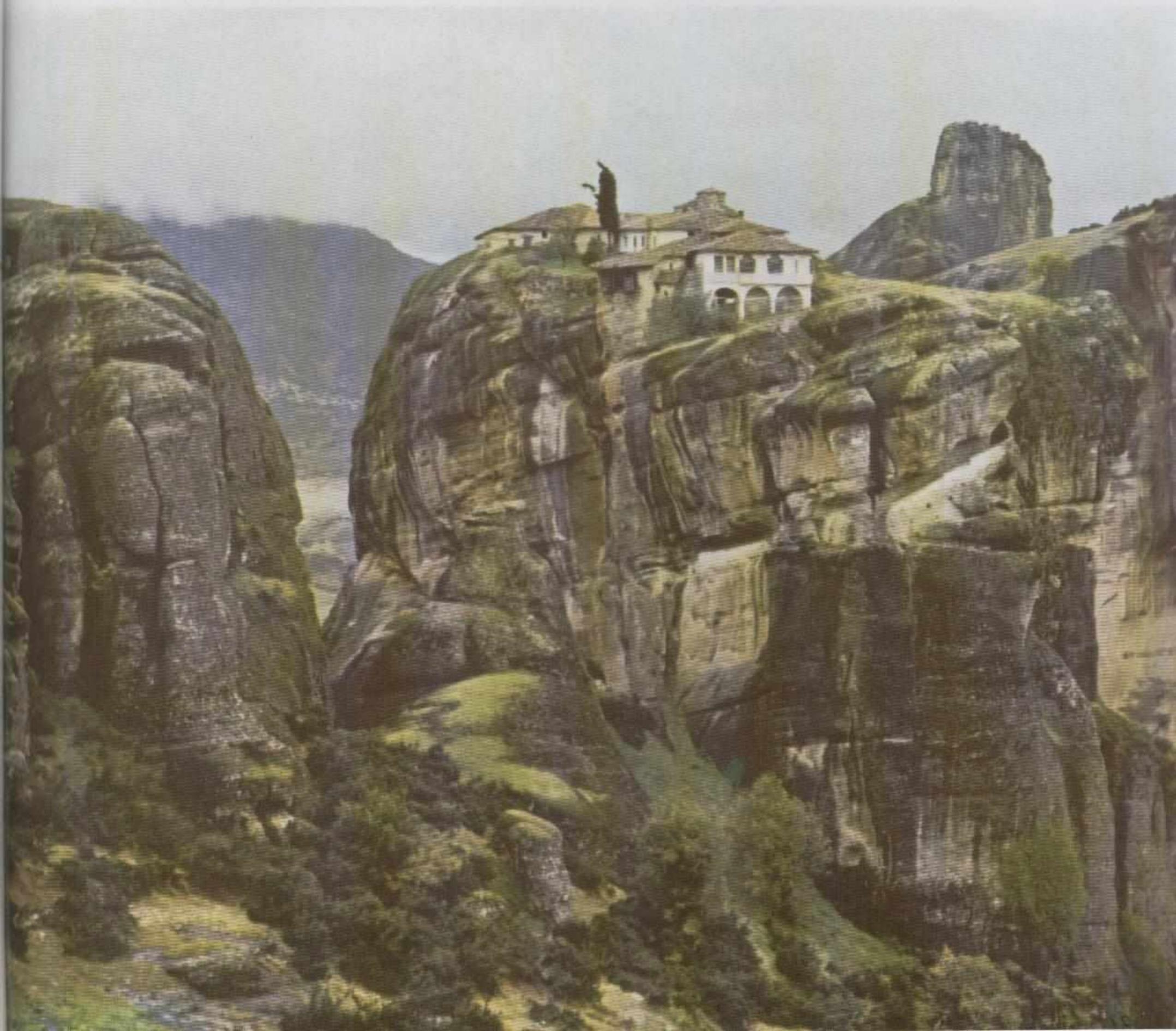
Llegar a los Meteoros en moto significaba algunas horas de marcha por espantosas carreteras. El capitán hubiese renunciado gustoso a proseguir la cabalgada, pero Tintín presentía que el fin estaba próximo, y, dejando a Scubiduvitch que volviese a la boda, reemprendió la marcha.

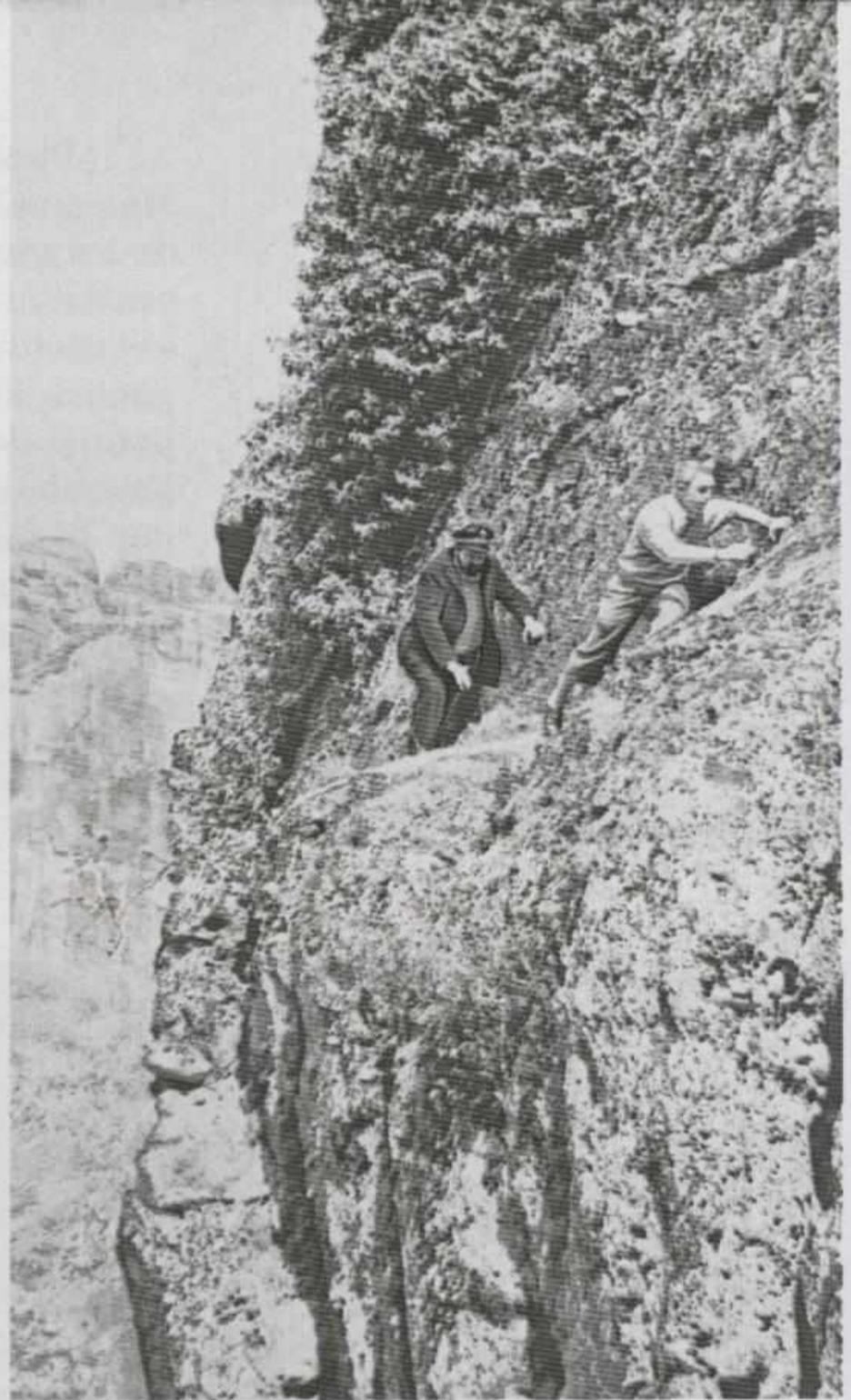




¿Puede imaginarse un paisaje más bello que el de los Meteoros? ¿Puede imaginarse visión más grandiosa que la de las gigantescas rocas recortando sus atormentadas formas contra un cielo sin nubes? Sin embargo, Tintín no prestaba atención a la belleza del lugar. Su cabeza estaba llena de preguntas. Mientras conducía la moto trataba de comprender el porqué de todo lo que les había sucedido desde su llegada a Estambul. Scubiduvitch había hablado de un tesoro, el tesoro que buscaban sin duda Karabina, Angorapoulos y sus cómplices. Pero ¿dónde estaba? Karabina creía seguramente que él y el capitán conocían el secreto.

De los cuatro compañeros supervivientes de Tetaragua, Tintín había encontrado ya a tres: Karabina, Papos... Scubiduvitch. ¿Y el padre Alexandre? ¿Qué era lo que sabía? ¿Qué es lo que consentiría en revelarles?





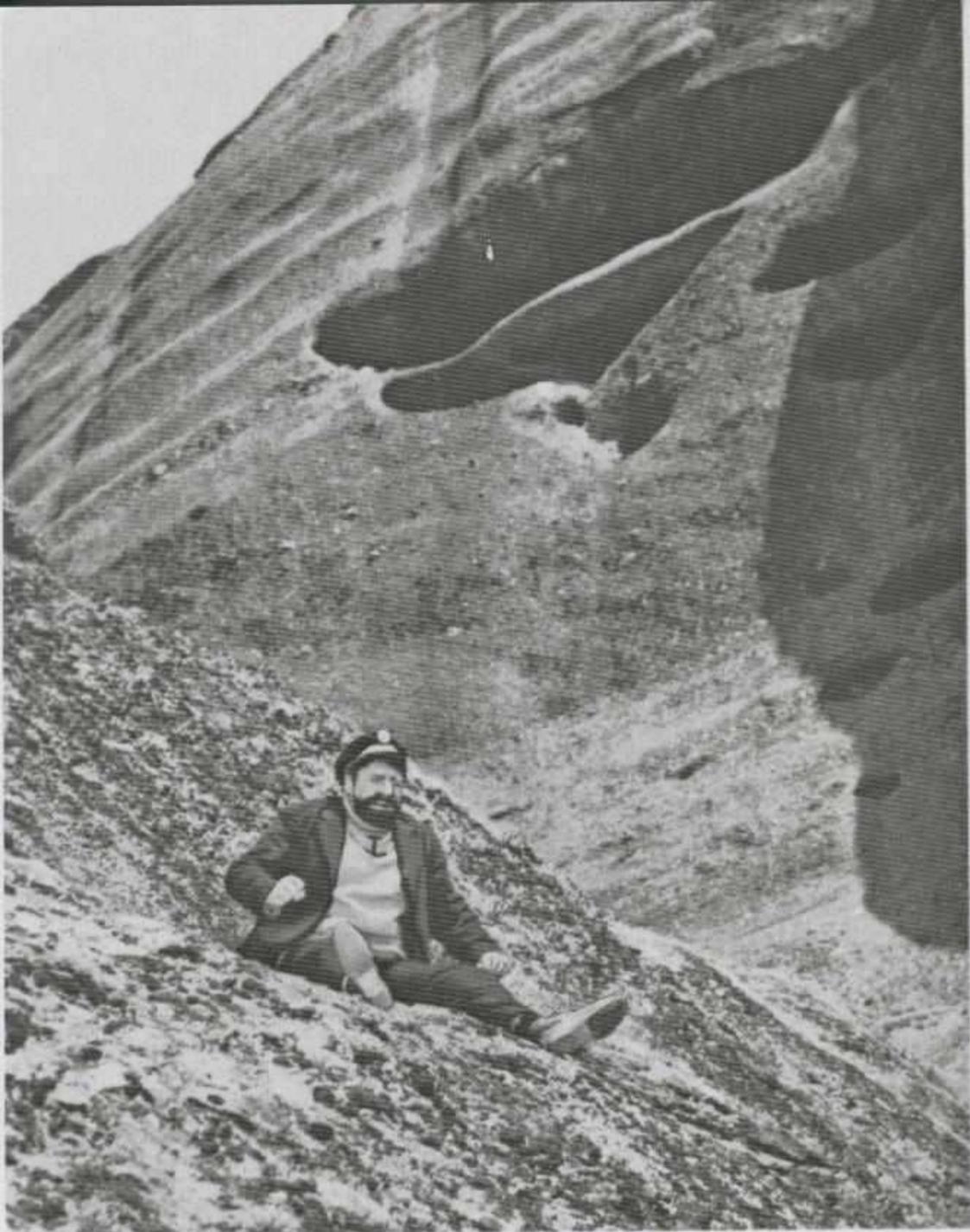
Llegar a los Meteoros en moto era ya una pequeña aventura, pero, una vez allí, llegar al convento del padre Alexandre era ya puro alpinismo. Haddock estuvo a punto de renunciar; la jornada había sido extenuante, pero Tintín tenía valor suficiente para los dos y sabía picar el amor propio del capitán. Evocando los tiempos en que siendo grumete era siempre el primero en llegar a lo alto del palo de mesana, Haddock se aferraba desesperadamente a las rocas. Una vez ganada la cima, se encontraron ante un mundo nuevo, un mundo silencioso y lleno de paz. El capitán Haddock se sintió avergonzado: ¡pensar que venían a turbar el corazón de un santo varón con historias de bandidos!



El padre Alexandre era un sabio.

El viejo aventurero había oído un día la llamada del Señor y, desde entonces, consagraba su vida a la meditación y las plegarias. Despacio y con pocas palabras explicó a Tintín y al capitán lo que había sucedido en Tetaragua. Papanic y sus amigos navegaban a lo largo de las costas de América del Sur cuando el azar quiso que hiciesen escala en la capital de Tetaragua el mismo día en que estallaba una revolución. Papanic era un hombre de acción, y, poniéndose a la cabeza del populacho, se lanzó al asalto del palacio del gobernador. Aquella misma noche el gobierno lo formaban él y su tripulación. «Yo era el ministro de la Guerra», confesó el padre Alexandre esbozando una sonrisa. Tres días más tarde fue necesario escapar, lo que hicieron llevándose el poco oro que quedaba en los sótanos del banco nacional. «Un pecado de juventud...» El padre Alexandre no sabía más y despidió a Tintín y al capitán después de entregarles una vieja botella de licor. «El último regalo del viejo descreído de Temístocles.»





Nuestros amigos comenzaron el descenso, Haddock apretando fuertemente la botella contra su pecho y prometiendo bebérsela a la salud de Papanic una vez esclarecido el misterio de *El Toisón de Oro*.

Pero, de pronto, en un paso difícil el capitán tropieza y he aquí que la botella cae, rueda por la pendiente y se estrella a los pies de Tintín, saltando en mil pedazos.

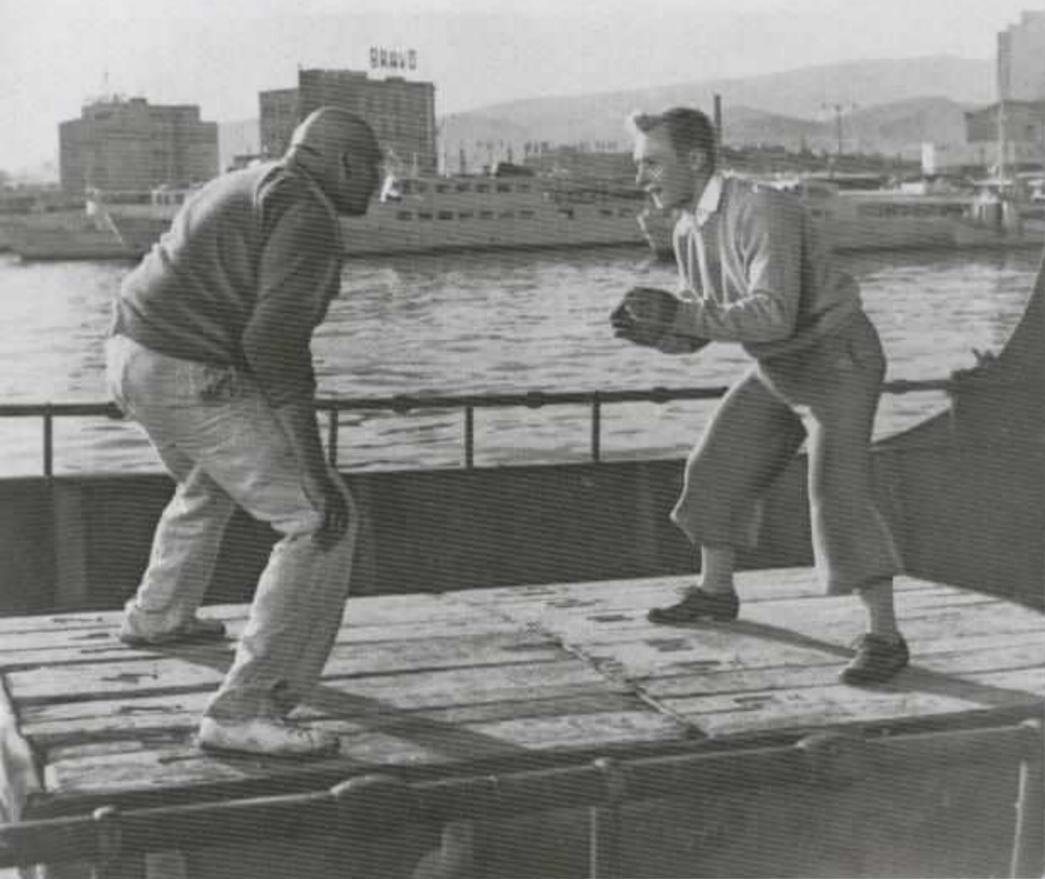
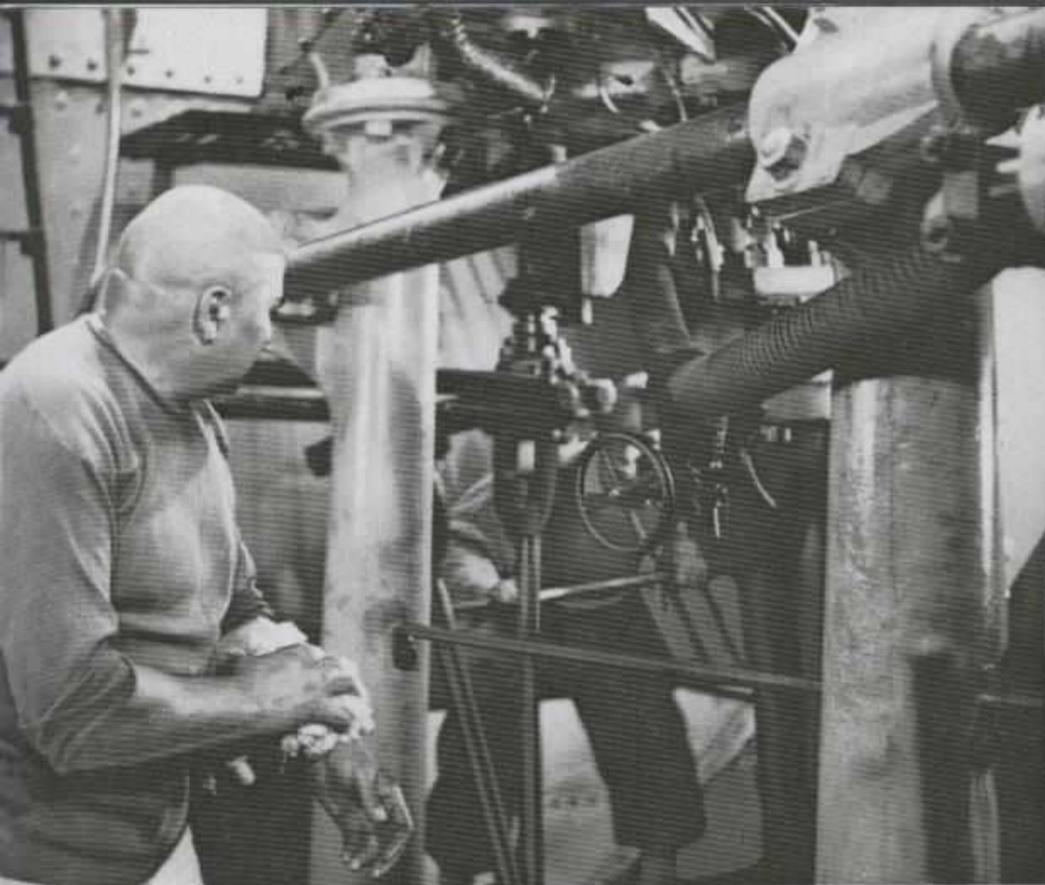
La mirada de Tintín fue atraída por un dibujo en el dorso de la etiqueta. La tomó entre sus manos y... ¡un plano! El plano de una isla; cerca de la costa, un punto rojo con dos coordenadas: latitud $38^{\circ} 17' 12''$, longitud $25^{\circ} 42' 21''$. Los gritos de ira del capitán Haddock se transformaron en una explosión de alegría. El plano no podía ser más que el de la isla del tesoro. Sí, seguramente era allí donde Temístocles Papanic había escondido el oro de Tetaragua, el oro del que Karabina y todos los demás «bachi-bazuks» soñaban apoderarse. ¡Había que ganarles en rapidez y llegar lo antes posible a la isla de Thassika!





A bordo de *El Toisón de Oro* había un visitante: Torna-sol. Llegaba para reunirse con ellos, como estaba convenido, una vez puesto a punto su nuevo carburante: el trifoniol. El profesor había esperado a nuestros amigos charlando con el loro Rómulo. El capitán intentó en vano hacerle comprender que el momento era solemne, que un tesoro... Los ladridos de Milú interrumpieron sus explicaciones. Milú tenía el extremo de sus patas completamente negro, y daba la alarma. Tintín lanzó un grito: «¡El gas-oil!»





Yefim, el único de los marineros a quien creían fiel, estaba en la sala de máquinas y había abierto todas las válvulas del depósito de gas-oil. Ya no había forma de ir a Thassika. Mientras el capitán se esforzaba, lanzando juramentos, en reducir los daños, Tintín se abalanzaba sobre el marino. Yefim era fuerte, fuerte como son los turcos cuando se empeñan en serlo, y sus enormes brazos estrujaron a Tintín en un mortal abrazo. Iba a ahogarlo, pero ¡no! Tintín conocía todos los secretos del judo, y una sucesión de rápidas presas y una tercera de hombro lanzaron al enorme Yefim por encima de la borda.





En aquel momento el profesor Tornasol entró en escena, sonriendo de una manera extraña. De su bolsillo sacó una caja pequeña llena de pastillas rojas: ¡el «súper-trifoniol»! Para fabricar aquellas pastillitas aparentemente inofensivas, el sabio se había negado a abandonar su laboratorio. Bastaba, según sus palabras, echar una o dos de ellas en el gas-oil que quedaba aún en el depósito, para llegar a Thassika a una velocidad récord. Haddock no estaba de humor para escuchar aquellos cuentos chinos. «No quedan más que doscientos litros de combustible, y para ir a Thassika necesitaríamos por lo menos el doble.» «Gracias al súper-trifoniol, la fuerza motriz, y por tanto la propulsión, se multiplica por cien», le contestó el profesor, que parecía muy seguro de su invento. De todos modos, en el punto en que se encontraban, no se perdía nada probando y el capitán echó en el depósito no una o dos pastillas, sino todo el contenido de la caja. En medio de una gran nube roja, *El Toisón de Oro* rompió sus amarras y se lanzó hacia la salida del puerto a la velocidad de un torpedo.

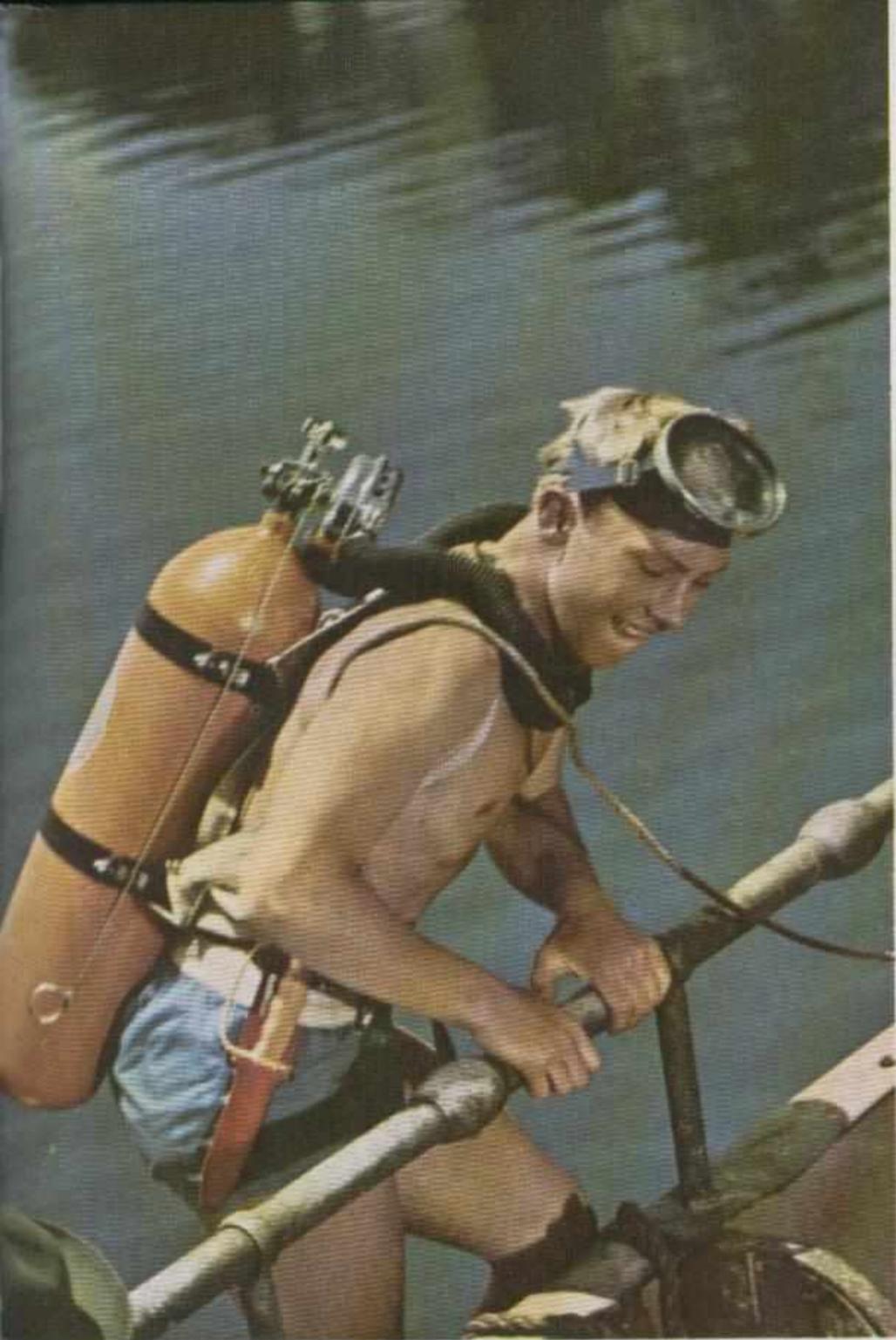
Mientras, Hernández y Fernández lavaban los platos... de la boda. El posadero del pueblo había decidido conservarlos como rehenes esperando el regreso de su moto, que Tintín había enviado facturada.





Gracias al genial invento del profesor Tornasol, *El Toisón de Oro* alcanzó Thassika en un tiempo récord. No faltaba más que recorrer la costa hasta encontrar el punto señalado con una cruz en el plano del comandante Papanic. Un helicóptero apareció de pronto en el cielo, sobrevolando la isla y haciendo un par de pasadas sobre *El Toisón de Oro*.

«¿Qué querrá de nosotros ese escarabajo volante?», gruñó Haddock. Ni Tintín ni Clodion respondieron a la pregunta del capitán. Tanto el uno como el otro no tenían ojos más que para el péndulo de Tornasol, que oscilaba con fuerza. «¡Oro! ¡Hay oro!», gritaba el profesor. ¿Oro? Ya sólo faltaba extraer del agua el tesoro de Temístocles.



Clodion se acordaba de que el comandante tenía un equipo de hombre-rana y fue Tintín, naturalmente, quien tuvo el honor de sumergirse con él. En caso de peligro no tenía más que tirar de una cuerda. Cuando la cabeza de Tintín desapareció bajo el agua, los corazones de los ocupantes de *El Toisón de Oro* batían con tal fuerza que parecía iban a romperse. El capitán Haddock intentó bromear para disfrazar su emoción: «Y sobre todo no te fíes de las sirenas...»

Tintín se dejó deslizar en las transparentes aguas. Exploró varias hendiduras en las rocas antes de descubrir un cofre sobre cuya superficie había incrustados miles de pequeños moluscos. Abrió el cofre y...

¡Victoria! En el interior del cofre brillaban docenas de grandes barras entre algas y cieno. ¡El oro de Tetaragua! ¡El oro del comandante Papanic!

Lo primero que hizo el capitán Haddock cuando Tintín le entregó la barra que había subido a la superficie como muestra, fue raspar toda la verde capa que la recubría.

¡Era oro, y nada más que oro!





Mientras Tintín volvía a sumergirse para atar el cofre, un bote neumático se había acercado a *El Toisón de Oro*. A bordo del mismo estaban el señor Karabina, Angorapoulos y algunos acólitos de rostro patibulario. Ellos eran los pasajeros del helicóptero. Silenciosamente subieron a bordo.

Cuando Haddock se dio cuenta era demasiado tarde. Angorapoulos apuntaba con su revólver al capitán, al profesor y a Clodion.

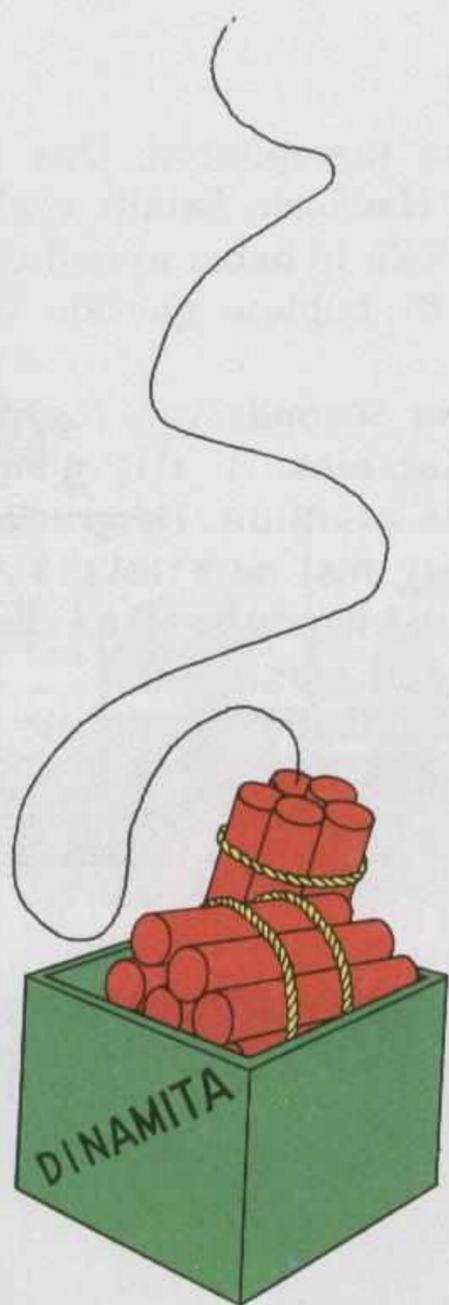
El capitán Haddock tomó el mango de un timón y, haciendo con él grandes círculos, lanzó un torrente de sonoros insultos: «Mercenarios... Palmípedos... ¿Queréis jugar a los amotinados de la *Bounty*?... Micos, Anacolutos... ¡En los tiempos de mi antepasado el caballero Haddock, a los amotinados se los colgaba del palo mayor!...»

Entonces, los acontecimientos se precipitaron. Una red cayó sobre los hombros del capitán Haddock. Estaba cogido, atrapado como una vulgar langosta. «Ya le había avisado, capitán Haddock —dijo Karabina—. Si hubiese querido venderme el barco en Estambul...»

Cuando Tintín salió del agua por segunda vez, fue para encontrarse frente a frente con Karabina...: «He querido asistir personalmente al final de esta aventura. Desgraciadamente, señor Tintín, ha acabado muy mal para usted.» Karabina acababa este pequeño discurso cuando sonó un disparo, luego otro... y otro... Tintín cayó al mar.

«¡Asesinos! ¡Asesinos!», gritaba Haddock, sujetado por dos enormes guardaespaldas.





¡Era el fin!

Ya nada podía impedir que Karabina se fugase llevándose el oro de Temístocles Papanic.

¿Y Tintín? ¿Qué había sido de él?

Haddock se sentía culpable. Por su culpa sucedía todo aquello, por su culpa Tintín había ido a Grecia, por su culpa estaba en el agua... Mientras el capitán se lamentaba en su camarote, sobre el puente uno de los hombres de Karabina encendía una mecha atada a un paquete de cartuchos de dinamita. «El capitán se hundirá con su barco. La tradición y la prudencia así lo exigen», ironizó Karabina.

Desde luego, el honorable señor Karabina lo había previsto todo. Todo salvo la llegada de una lancha de la policía griega a bordo de la cual se encontraban Hernández y Fernández, así como Atila, uno de los marineros de *El Toisón de Oro*. Atila seguía a nuestros héroes desde su llegada a Estambul. ¿Era un enemigo? ¿Un espía? No; simplemente, un policía turco, el inspector Atila Bolduk, que desde hacía largo tiempo estaba tras la pista del honorable señor Karabina.





Karabina no podía dejarse poner la soga al cuello como un vulgar malhechor. Ordenó a sus hombres cargar el oro en el helicóptero y distribuyó armas entre ellos.

Unos minutos más tarde, la encantadora isla de Thassika se había convertido en campo de batalla.

Encerrado en su camarote como un ratón en una trampa, Haddock intentaba con todas sus fuerzas hacer saltar la puerta en pedazos. Mientras, la mecha iba consumiéndose ante el aterrorizado Milú, a quien Angorapoulos había tenido cuidado de atar sólidamente al palo. El pobre perro se retorció, tirando con todas sus fuerzas de la cuerda, pero sus esfuerzos eran tan escasamente coronados por el éxito como los del capitán. El barco iba a hacer explosión de un momento a otro. En la playa, el combate era encarnizado. Angorapoulos acababa de caer alcanzado por un disparo. Karabina estaba junto al piloto en la cabina del helicóptero e indicaba a los hombres que sostenían a Angorapoulos que subiesen al aparato.



Pero... de pronto, con un ruido ensordecedor... el helicóptero despegó del suelo. Karabina sacó el revólver del bolsillo y lo apuntó a la espalda del piloto:

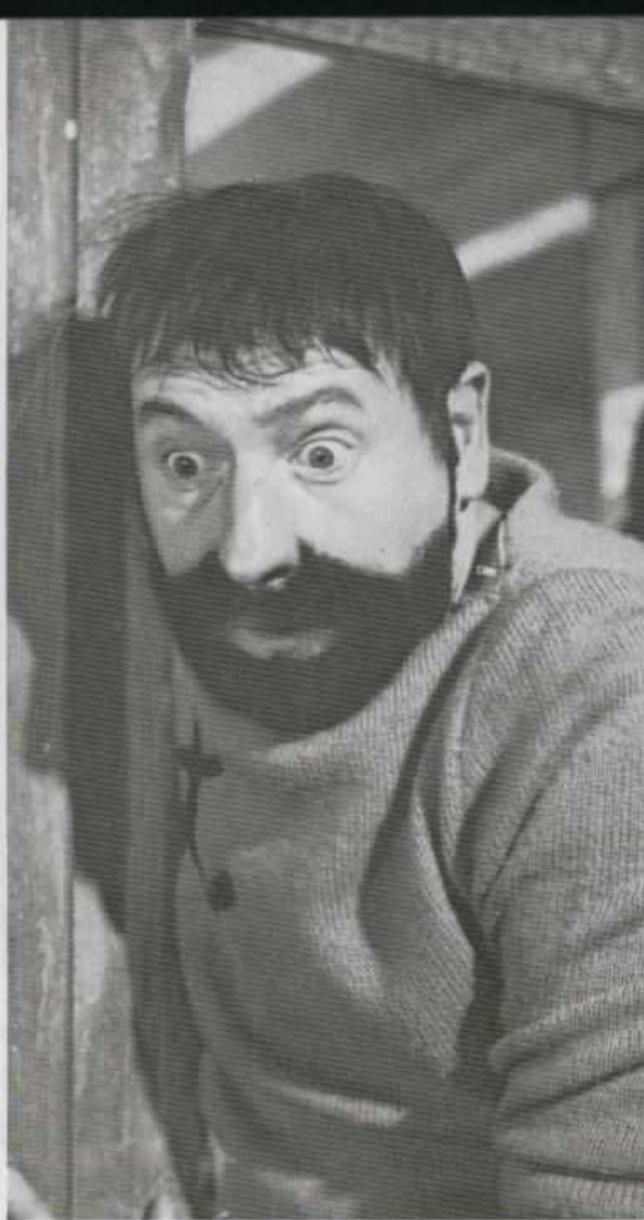
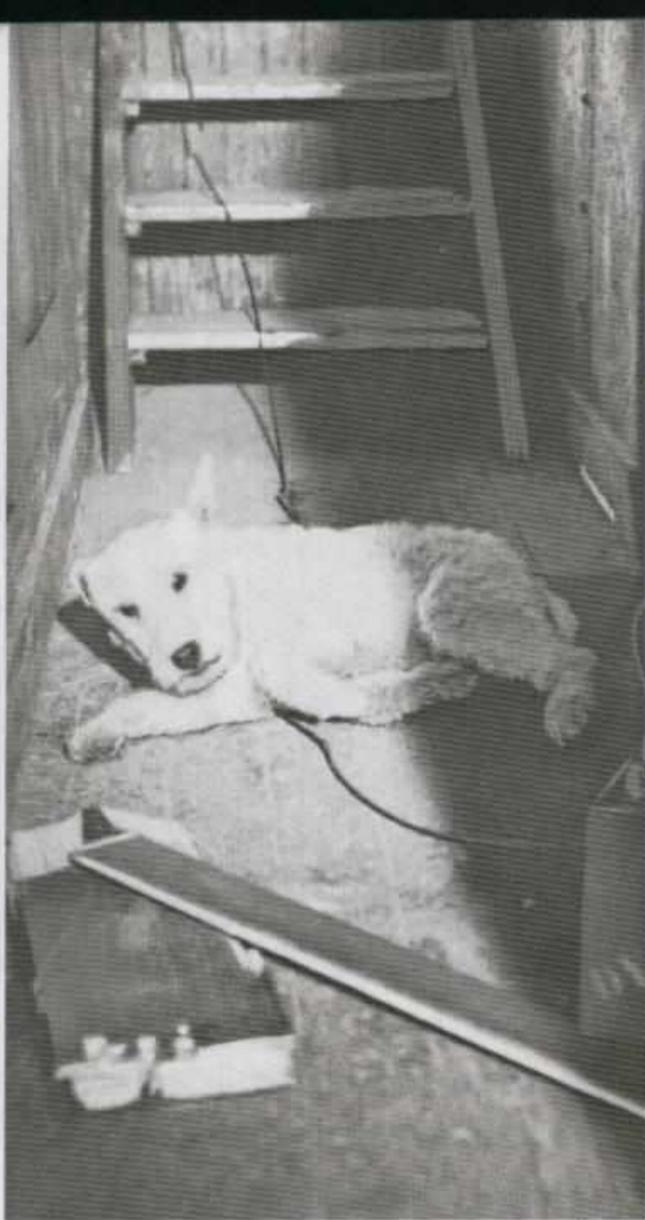
—Le he dicho que lo pusiese en marcha. No le he dicho nada de despegar... Aterrice... ¡Le ordeno que aterrice!

—Buenos días, señor Karabina.

No había duda posible: ¡era Tintín! Tintín, que, nadando bajo el agua, había alcanzado la costa y puesto fuera de combate al piloto, ocupando su puesto ante los mandos del helicóptero de Karabina. Éste, furioso, repitió su amenaza: «¡Aterrice o es usted hombre muerto!» De un revés de su mano, Tintín hizo saltar el arma que sostenía Karabina. Siguió una corta lucha. El helicóptero caracoleaba en el cielo como un gran insecto enloquecido. Un directo, luego un crochet seco..., finalmente un uppercut de Tintín y Karabina quedó tendido en el suelo. Entonces, el cínico caballero tendió la mano hacia una manilla: «Usted lo ha querido, señor Tintín... El oro de Papanic no será ni para usted ni para mí.»

Tintín se volvió para ver a Karabina accionar la manilla. Se abrió una trampa y el cofre que contenía las barras de oro desapareció en el mar.





El oro estaba perdido, pero *El Toisón de Oro* se había salvado. En efecto, Milú había conseguido romper las cuerdas que lo sujetaban y, heroicamente, había apagado la mecha aplastándola con su propio cuerpo.

Cuando el capitán Haddock consiguió por fin hacer saltar en pedazos la puerta de su prisión, descubrió al valiente Milú con los pelos ardiendo. Por suerte, sobre el puente encontró un cubo lleno de agua y Milú se libró sin más daño que el susto y algunos pelos chamuscados.

El oro se había perdido y, sin embargo... sin embargo el péndulo de Tornasol no dejaba de oscilar. «¡Oro, hay oro por todas partes!», chillaba el profesor.

—¡Oro! Pero ¿no le han dicho que está a 2.400 metros de profundidad?

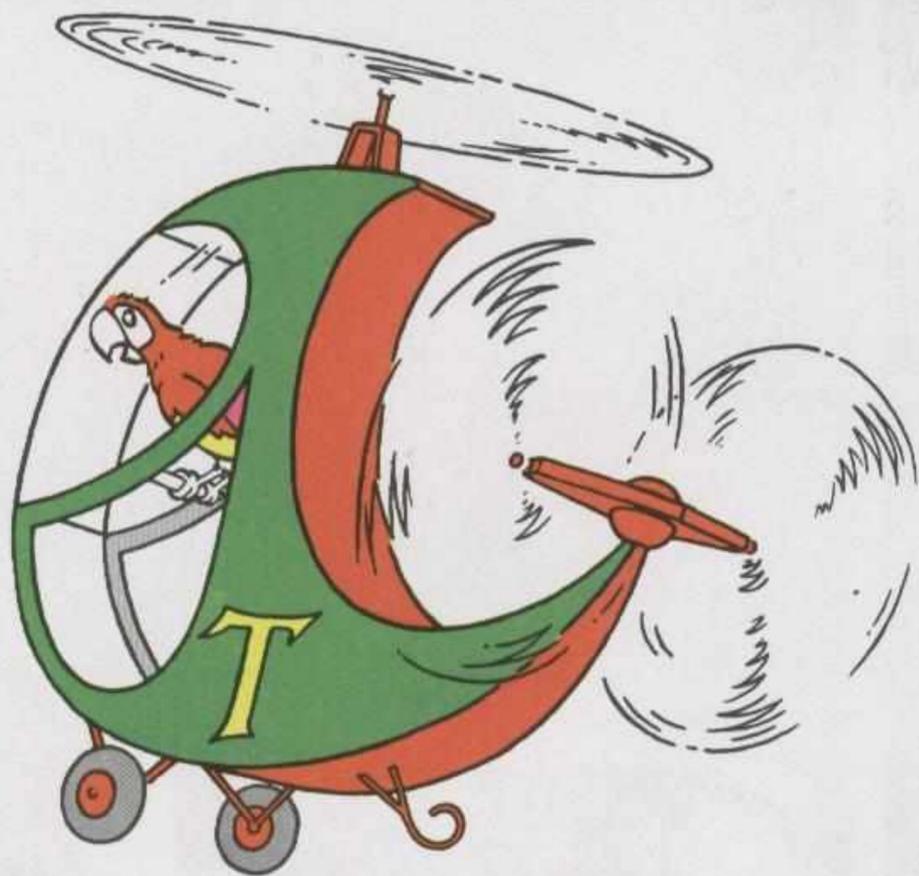
Tintín miró al capitán con aire misterioso. Una idea acababa de abrirse paso en su cerebro: «¡Las barras! ¡Las barras de la borda!»





De hecho, Papanic no había poseído más que un único tesoro, pero lo había escondido donde nunca nadie hubiese pensado en buscarlo: a bordo mismo de su viejo barco, *El Toisón de Oro*. Las barras que el comandante había sumergido en la costa de la isla de Thassika no eran más que las de la vieja borda. En cuanto a la borda actual, estaba constituida por barras de oro puro, recubiertas de pintura negra.

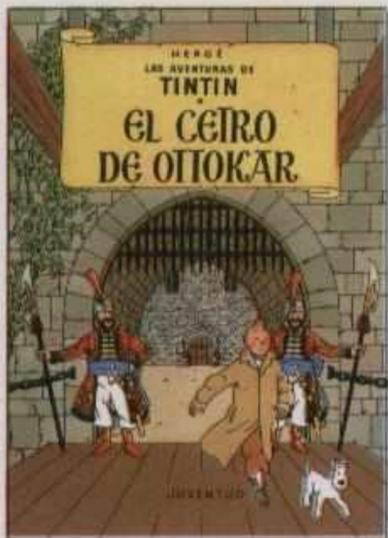
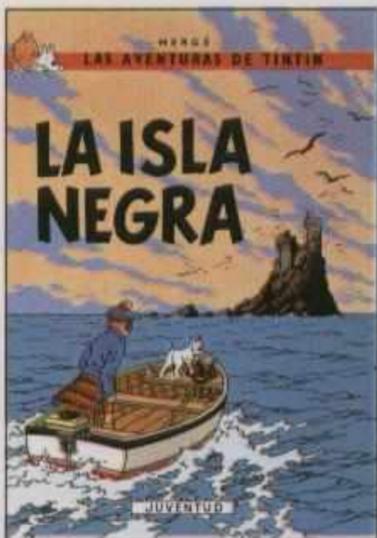
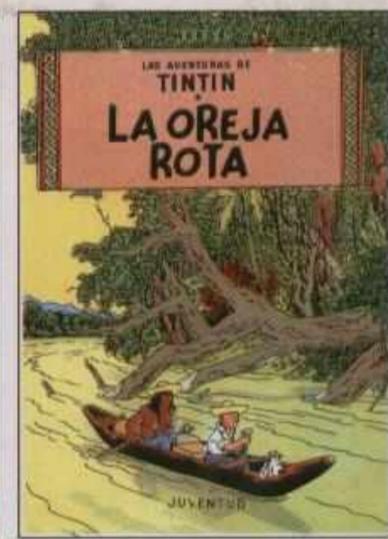
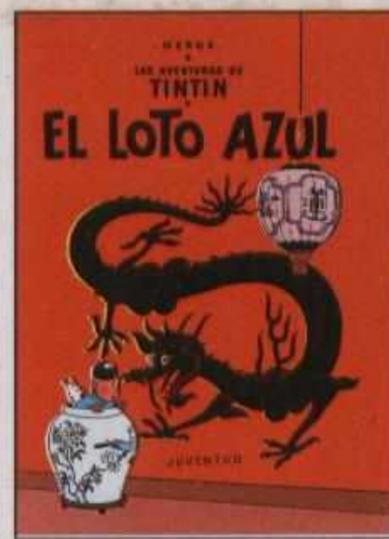
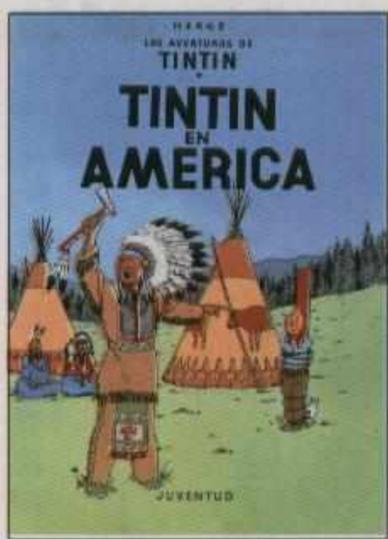
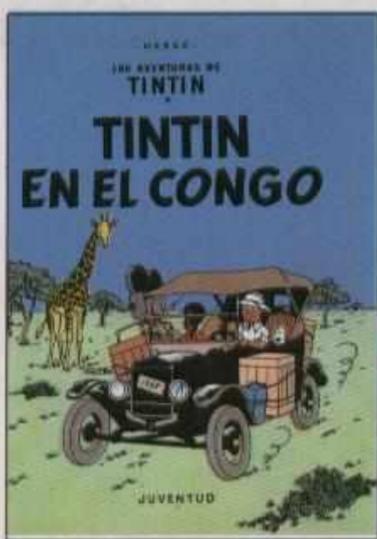




Algunos días más tarde, en Moulinsart, todos nuestros amigos bebían y reían a la salud del héroe del día, el capitán Haddock, a quien el gobierno de Tetaragua acababa de condecorar con la «Gran Cruz de la Orden del Lince Escarlata», pues gracias a él el oro había sido devuelto a su país.

Y para concluir aquella fiesta de amigos y alegría, el profesor Tornasol presentó su último invento: «el columpio volante», dedicado a su amigo Rómulo.





Las aventuras de Tintin
 La isla Negra (edición especial de la primera versión)
 Tintin en el país de los soviets

Tintin cine
 El misterio de «El Toisón de Oro»
 Tintin y las naranjas azules

Cuadernos de pintura Tintin
 Serie grande (6 vols.)
 Serie pequeña (12 vols.)

Postales Tintin (25 modelos)
Album-Poster (núms. 1, 2 y 3)

Tintin y el Arte-Alfa
El museo imaginario de Tintin

El Diccionario de Tintin,
 por Toni Costa
...Y aterrizaron en la Luna

Las aventuras de Jo, Zette y Jocko
 El testamento de Mr. Pump
 Destino: Nueva York
 El «Manitoba» no contesta
 La erupción del «Karamako»
 El valle de las Cobras

Las hazañas de Quique y Flupi
 (álbumes núms. 1, 2, 3, 4, 5 y 6)

